

"EL NACISMO CHILENO"

INTRODUCCIÓN

DEL NACIONALSOCIALISMO chileno abreviadamente, nacismo hizo una de las caracterizaciones más interesantes Eduardo Frei, cuando dijo: "no era sólo un partido, así debieron ser ciertos movimientos heréticos en la Edad Media, en que los hombres eran poseídos por una idea, que los marcaba como una epidemia". Historia de los partidos políticos chilenos, 1949, pp. 240-41 . Tal vez sin proponérselo, el autor estaba destacando ese elemento de mística política que ha sido tan importante en el siglo XX y al que, en general, los partidos de tipo parlamentario herederos de la tradición liberal, juricista y racionalista del siglo pasado han sido ajenos. El Movimiento Nacional Socialista MNS aparece así como diferente en el habitual sistema chileno de partidos.

Para uno de sus antiguos militantes, el Movimiento Nacista fue uno de los "estallidos Nacionales y Populares" acaecidos en el mundo desde 1917 y, en Chile en particular, la manifestación de una generación juvenil que incluyó también al Partido Socialista y a la Falange Nacional después, Partido Demócrata Cristiano. Pero, mientras estos dos adolecieron, a juicio de Sergio Recabarren, de una "visión fragmentaria " de la realidad nacional - ya por clasismo, ya por paternalismo o por adhesión incondicional al orden legal -, la del nacismo habría sido "una visión integral del problema chileno" consistente en la crisis del sistema político, en la injusticia social y en el "ilícito aprovechamiento del patrimonio patrio" por el capitalismo internacional. El combate librado por el Movimiento Nacional Socialista, concluye Recabarren, "no ha encontrado paralelo en las luchas cívicas del país" Mensaje Vigente, 1964, pp. 37-9 y 42.

Por otro lado, el nombre mismo del "Movimiento Nacional Socialista de Chile" pareciera indicar un próximo modelo alemán; y como imitación o reproducción de ese modelo se le ha interpretado habitualmente. La polémica partidista, las variadas circunstancias políticas chilenas, no han contribuido a precisar sus rasgos.

Sin embargo, un estudio cabal podría mostrar en qué medida el M.N.S. fue generado por condiciones nacionales específicas y si de verdad constituyó un mero reflejo del exterior; podría mostrar hasta qué punto significó un factor de innovación en la vida política chilena, y cuánto tuvo de común con las corrientes que se desarrollaron aproximadamente en la misma época, el socialismo y lo que iba a ser la democracia cristiana. Podría mostrar, incluso, cuántos hombres formados políticamente en este movimiento con posterioridad iban a participar, en niveles directivos, en los principales partidos chilenos de los últimos treinta años.

El breve trabajo que sigue -publicado primeramente como artículo de una revista— no pretende resolver todos esos problemas. Intenta,

simplemente, penetrar en el pensamiento y visión del mundo del nacionalsocialismo chileno. Su campo propio es la historia de las ideas. Sine ira et studio, quiere contribuir al conocimiento de esta corriente política chilena -un aspecto de la realidad nacional, guste o no-, tal como la pensaron y sintieron sus protagonistas.

El 5 de abril de 1932, fecha escogida sin duda por su significado simbólico -pues se trata del aniversario de la batalla que decidió la Guerra de la Independencia-, fue fundado oficialmente el M.N.S. Jorge González von Marees asumió la calidad de Jefe, "mientras no apareciera otra persona capaz de suplirlo con ventaja". Un folleto con las Declaraciones Fundamentales del nuevo movimiento explicaba que éste era formado "por aquéllos que no creen ni en el capitalismo ni en el comunismo, sino que se proponen armonizar y unir en un solo haz los intereses divergentes de las clases sociales". Afirmando que Chile pasaba por la crisis política, social y moral más honda de su historia -se vivía, en efecto, el período convulsionado que siguió a la caída de Ibáñez-, instaba a "reaccionar, pero no para restablecer un pasado ya definitivamente ido, ni para mantener un presente que nuestras conciencias no pueden aceptar, sino que para forjar un futuro grandioso, que coloque a nuestra nacionalidad en un plano hoy ni siquiera soñado". El M.N.S. declaraba que, para solucionar los males existentes, lo esencial no debía buscarse en la legislación, sino en la acción, y que daba más importancia a los hombres que a los programas. Con todo, consignaba algunas aspiraciones de carácter programático: reemplazo del sistema representativo propio del liberalismo por una representación gremial; igualdad de derechos políticos entre ambos sexos; control estatal de la economía; socialización de la banca y supresión del interés; socialización de las empresas de utilidad pública; expropiación de los latifundios; conservación de la alta natalidad en el pueblo...

A los dos meses de vida del Movimiento, un golpe militar da lugar a la "República Socialista "; se precisan, entonces, las diferencias con el socialismo marxista y se rechazan los golpes de fuerza como medio de establecer un gobierno. Sin embargo, una vez restaurada la legalidad, el MNS defiende, el único, al Ejército, blanco de todas las críticas en medio de la efervescencia antimilitarista. En octubre del mismo año participa en elecciones parlamentarias, sin conquistar ningún asiento. Los racistas pensaban que la aparente tranquilidad del comienzo del gobierno de Alessandri les restaba fuerza.

Continuaba, no obstante, su desarrollo: en 1933 se empieza a publicar el periódico Trabajo -hasta entonces aparecía como una página de un diario de la capital-; las denominadas, un tanto grandilocuentemente, "Tropas Nacistas de Asalto " TNA , tienen un primer choque físico con los milicianos comunistas, con ocasión de un acto público del MNS.

Al año siguiente, los universitarios nacistas dan una prueba de fuerza -también física- en la Universidad de Chile, donde sus rivales pretendían impedirles la acción de propaganda; el mismo año el MNS siente las primeras medidas represivas de parte de la policía, que quiso impedir la distribución de Trabajo. 1935 es el año del "primer mártir", Pablo Acuña. En 1936 el Grupo Universitario Nacista obtenía una sólida votación en la

Federación de Estudiantes de Chile FECH: alrededor de un tercio del total de votos, superando a los grupos de derecha y a los radicales, y aventajado sólo por una coalición de izquierda. Ya el desarrollo del Movimiento le permitía celebrar actos de organización y propaganda tales como un "Congreso Agrario" en Temuco. Por fin, en las elecciones parlamentarias de 1937 son elegidos tres diputados nacistas -González, Fernando Guarello y Gustavo Vargas-, con casi 15.000 votos 3,5% del total ; resultado promisorio, dado que el MNS era el más joven de los nuevos partidos y podía esperar crecer aún: en las mismas elecciones el Partido Comunista obtenía 17.162 votos 4,2% del total y seis diputados; el Partido Agrario destinado a llegar al poder como Partido Agrario-laborista lograba un 2,3%, y el Partido Socialista, un 1,2% pero en las elecciones anteriores, sólo un 2,6%, menos que el nazismo ahora .

El MNS no era puro activismo. Ya en 1931 Carlos Keller Rueff -quien sería de los dirigentes del Movimiento- publicaba *La Eterna Crisis Chilena*, buscando la clave de la evolución política, cultural y económica de la nación; y creía encontrarla en la antinomia entre la civilización moderna y la mentalidad aún tradicional del chileno. Ensayo que ha sido valorizado como una de las piezas de la literatura sociológica nacional, - junto a *Nuestra Inferioridad Económica* de F. A. Encina, entre otras Hernán Godoy Urzúa, "El ensayo social", *Anales de la Universidad de Chile*, NO 120, 1960 -, y que era prolongado al año siguiente, con *Un país al Garete y Cómo salir de la crisis, sobre las causas, efectos y posibles remedios a la "gran depresión"*. Keller, economista, sociólogo e historiador, dirigiría el departamento de formación política del movimiento nazi y, desde 1934, animaría la revista doctrinal *Acción Chilena*, que tuvo primero un carácter oficioso y luego oficial. En ella se reproducían artículos de intelectuales extranjeros -especialmente de la comente llamada "Revolución Conservadora" en Alemania- y, al mismo tiempo, se interpretaba la historia patria y se afinaban los contornos del nuevo Estado y de la nueva sociedad que se proponían.

Los diputados nazistas, por otra parte, pese a ser una minoría, podían presentar algunos proyectos de interés: uno que suspendía el pago de la deuda externa, y otro que establecía el primer impuesto especial a las compañías norteamericanas explotadoras del cobre chileno. Jorge González, autor de este último proyecto, consideraba que había constituido el primer paso hacia la nacionalización de esta fundamental fuente de riqueza.

Los parlamentarios nazistas, sin embargo, no podrían prestar mucha atención a la labor legislativa. Desde ese mismo año, 1937, se intensificarían los choques entre el MNS y los agentes del Gobierno. Y esto lleva al tema de la violencia.

Si bien el MNS cultivó la acción directa, con frecuentes enfrentamientos callejeros con militantes marxistas; si uniformó a los suyos y contó con una organización de choque —las TNA—, no puede dejar de tomarse en cuenta el ambiente agitado de la época. Todos los partidos dispusieron de milicias o, por lo menos, de formaciones uniformadas, y aun existió, hasta 1936, la Milicia Republicana, organización apoyada o permitida por el Gobierno; evidentemente ilegal, aunque sus objetivos declarados

fueran los de defender la legalidad supuestamente amenazada por las Fuerzas Armadas. Por su parte, los nacistas tuvieron que sufrir de la policía frecuentes atropellos; enjuiciados en varias ocasiones, generalmente fueron sobreesidos por los tribunales.

La violencia política revistió especial gravedad en la apertura de las sesiones ordinarias del Congreso Nacional en 1938. En medio de un alboroto protagonizado por parlamentarios de gobierno y de oposición y agentes policiales, el diputado Gabriel González Videla, dirigente del Frente Popular y futuro Presidente de la República, fue sacado a viva fuerza del recinto del Congreso por los carabineros ¡Una famosa fotografía muestra la escena! . Jorge González, para defenderse, hizo un disparo al aire con una pistola, y luego fue también detenido. Explicando este incidente, dirá más tarde en la Cámara: los vejámenes infligidos al Congreso por el Gobierno y las lesiones sufridas por algunos parlamentarios opositores estaban compensadas por el hecho de haberse producido la unificación práctica de nacistas y frentepopulistas. Consideraba el uso de la pistola como un símbolo y una advertencia de que "la izquierda política en Chile. . . , ala que nosotros, los nacionalsocialistas, nos honramos de pertenecer,. . . está dispuesta a imponer sus ideales, que son los del pueblo, por la razón o la fuerza, con la ley o contra la ley, e incluso, si las circunstancias lo exigen, con el derramamiento de la sangre de los que se opongan a estos altos designios" Boletín de Sesiones de la Cám. de Diputados, 2a. ses. ord. lunes 23.5.38, pp. 108-109 .

Con todo, la unidad entre el MNS y el Frente Popular era bastante dudosa, desde que el primero apoyaba la candidatura presidencial del General Ibáñez y el segundo a su propio candidato, Aguirre Cerda. Un trágico suceso, empero, vendría aparentemente a sellar esa unidad, llevando al poder a las izquierdas y representando, por otra parte, para el Movimiento Nacista, un golpe del que en definitiva no se recuperaría. La ocupación de los edificios de la Universidad de Chile y de la Caja del Seguro Obrero por jóvenes militantes nacistas -supuestamente, el paso inicial de una proyectada sublevación militar- desembocó en el asesinato de éstos, una vez rendidos y desarmados, por las fuerzas del Gobierno.

Ningún crimen político en Chile, ha dicho el historiador Ricardo Donoso, "ofrece los rasgos de cobardía y ferocidad del que tuvo como escenario el edificio de la Caja de Seguro Obligatorio, en la tarde del 5 de septiembre de 1938. No hay en él ningún rasgo de piedad, herencia de la rancia hidalguía española, que perdona a los vencidos... " Alessandri, agitador y demoleador, 1954, v. II, p. 258 .

La "matanza del Seguro Obrero " determinó el retiro de la candidatura de Ibáñez -por lo demás, arrestado como sospechoso de encabezar la conspiración contra el Gobierno- y, en natural reacción, el volcamiento de ibañistas y nacistas a favor de Aguirre Cerda en las elecciones de octubre, asegurando la derrota del candidato oficialista, Gustavo Ross. En efecto, éste obtuvo 218.609 votos, contra los 222.720 de Aguirre. Se comprende que los 15.000 votos nacistas de 1937 fueron decisivos en este resultado, sin contar con el posible crecimiento del MNS ni con los electores que seguían directamente a Ibáñez.

Se abre así un período de colaboración entre el Frente Popular triunfante y el MNS. En verdad, ya de antes podía observarse en este movimiento -y particularmente en su Jefe- una creciente radicalización contra las derechas y el orden establecido. Se ha visto ya que, en mayo de 1938, Jorge González declaraba al nazismo parte de la "izquierda política" de Chile y que se felicitaba por el acercamiento que la común oposición a Alessandri producía entre nazistas y frentepo-pulistas. Ahora, el Presidente Electo presidía el homenaje a las víctimas del 5 de septiembre y, una vez en el gobierno, indultaba al Jefe y a sus camaradas en el proceso por "sublevación a mano armada" que se había iniciado contra ellos. Por cierto, también habrían de ser indultados los responsables de la matanza del Seguro, condenados en su momento a penas que iban entre presidio perpetuo y 20 años . El Movimiento Nacional Socialista cambiaba su nombre -que, sin duda, suscitaba evocaciones poco gratas entre sus nuevos aliados- por el relativamente más ambiguo de Vanguardia Popular Socialista VPS .

Aliado de última hora, el MNS/VPS no era, sin embargo, un aliado cómodo o incondicional. Formulaba algunas críticas a la acción del nuevo Gobierno. Distinguía dos tendencias al interior de la izquierda: una "antirevolucionaria", en la que estaban el Partido Radical y el Comunista, y otra revolucionaria, representada por el Partido Socialista y la propia Vanguardia; con el Partido Socialista, justamente, se quería formar un bloque. La VPS se sentía especialmente afín al movimiento aprista peruano -como éste, proponía la unión de los pueblos iberoamericanos- e interpretaba la guerra que comenzaba en Europa como un conflicto inter-imperialista; había que estar contra todo imperialismo, tanto el democrático como el fascista. . . , posición que contrariaba al PC y a los sectores aliadófilos mayoritarios en el Gobierno.

Finalmente, la VPS rompió con el Frente Popular, por razones que es difícil aclarar si deben calificarse como de "ultraizquierda" o como "típicamente" fascistas. Quiso influir en un cambio de rumbos y procedimientos, decía, pero la actitud del Gobierno "demuestra que no hay un sincero propósito de esclarecer las deshonestidades e incorrecciones que en forma peligrosa socavan el prestigio del régimen. La Vanguardia Popular Socialista, pues, estaría de más en el Frente Popular, pues el criterio de las altas esferas de gobierno es diametralmente opuesto al suyo".

¿Esta conducta puede interpretarse como oportunismo de los dirigentes nazistas? ¿O se trató de un intento sincero, aunque tal vez ingenuo, de entendimiento con las fuerzas políticas y sociales "populares"? Quizás la responsabilidad por la ruptura no recaiga enteramente en la VPS, como no fue enteramente responsabilidad suya el acoso gubernativo que, en tiempos de Alessandri, empujó más y más al movimiento nazi hacia la oposición de izquierda.

En todo caso, en 1940 el MNS/VPS está en la oposición al Gobierno del Frente Popular, ahora poniendo énfasis en el anticomunismo, pero siempre en una "línea inconformista" y defendiendo "los principios de izquierda falseados "por la coalición gubernamental. No habría de

quedar libre, por cierto, de las persecuciones administrativas. Por fin, acordó integrarse a la Unión Nacionalista, nuevo partido que quería recoger la corriente de opinión pública que había apoyado a Ibáñez, otra vez candidato, en las elecciones presidenciales de 1942. Llamando a sus antiguos camaradas y seguidores a incorporarse a la novel organización, Jorge González von Marees pronunció lo que podemos estimar el epitafio del movimiento racista: "La tarea que la Vanguardia no pudo realizar en la amplitud que sus miembros anhelábamos será continuada por el nuevo movimiento". "El ideal común será en lo sucesivo impulsado por la colaboración estrecha de todos. . .". Lo que sigue, naturalmente, es ya otra historia. *

Santiago, Solsticio de Invierno de 1986.

* Ver las distintas referencias en la memoria de prueba del autor Ideas Nacionalistas Chilenas y en la bibliografía Incluida al final de la presente obra.

EL NACISMO CHILENO

Ha sido un lugar común en las historias de las ideas o de los partidos políticos chilenos, considerar al Movimiento Nacional Socialista que existió en Chile entre 1932 y 1938:

1- Como un mero reflejo local del nacionalsocialismo alemán, el NSDAP
2- Carente, por tanto, de toda originalidad y, por esto mismo, de mayor interés. Es lícito preguntarse si ha sido realmente así o si, por el contrario, hubo en el citado movimiento algún rasgo propio y diferencial. Que la respuesta no es tan sencilla puede indicarlo, desde ya el hecho de que el Movimiento Nacional Socialista chileno llegó a buscar su lugar entre las izquierdas y a participar en un gobierno con un Frente Popular único caso éste en el mundo, seguramente, para un partido "nazi" o "Fascista". Como sea, la historiografía chilena no debería ignorar por más tiempo esta corriente de pensamiento que alcanzó a tener cierta influencia en la vida política del país.

Es cierto que el M.N.S. era, formalmente, un partido de tipo "fascista".

3- Hay que tener en cuenta, no obstante, que no fue el único partido político chileno en esos años en contar con una milicia uniformada, con una organización jerárquica y, especialmente, con un acervo doctrinal que, en cierto sentido, contrariaba las tendencias dominantes y lo que podemos llamar la "tradición política" chilena.

4- En el presente artículo prescindiremos del análisis de la actividad política de este movimiento y nos ocuparemos solamente de las ideas nacionalsocialistas, tal como éstas se expresaron en libros y folletos publicados por los principales dirigentes Jorge González y Carlos Keller y en los artículos de la revista doctrinal Acción Chilena. También hemos consultado el diario nacionalsocialista Trabajo

5- El límite terminal de este estudio será 1938. Después de este año hay algunos matices diferentes en el pensamiento del M.N.S., transformado en "Vanguardia Popular Socialista", no obstante que no hay, a nuestro

juicio, variaciones substanciales.

INTERPRETACIÓN DE LA HISTORIA.

Elemento central de toda concepción del mundo o "Weltanschauung" es, sin duda, la respectiva concepción de la Historia. En el caso del nacionalsocialismo chileno es patente la influencia de las corrientes organicistas y biologicistas. La idea de los pueblos como organismos vivos es explícitamente formulada por sus ideólogos, o bien se refleja en el uso por éstos de expresiones tales como "pueblos jóvenes", "maduración", "desarrollo", "impulso vital". Por supuesto, quien influye en forma más acusada y directa es Spengler; ya en 1927 Keller lo interpretaba en relación con la situación político-cultural de Iberoamérica. Pero no sólo la joven generación recibía la irradiación del autor de la "Decadencia"; también sus mayores, como un Alberto Edwards y un Encina, que publicaban precisamente por esos años algunas de sus obras fundamentales.

"Sismología social": ésta debería ser la nueva ciencia apropiada para las regiones volcánicas, decía metafóricamente Keller. Porque "cuartelazos, levantamientos y revoluciones obedecen a leyes mucho más exactas que las que ha desarrollado la geología"; es más difícil predecir los terremotos físicos que aquellos. ¿Y cuáles son esas leyes? La primera, diría Keller, es que los pueblos pasan por etapas de crecimiento -luego de una etapa previa de "barbecho"-, auge y decadencia 10 .

"Los períodos de auge se caracterizan por la acción de todos los individuos en un determinado sentido. Los prohombres de esas épocas señalan a los pueblos grandes ideales, encienden en sus corazones la llama de una alta espiritualidad, les fijan rumbos hacia el futuro".

La decadencia, entonces, proviene también de factores espirituales. Se engañaría quien la atribuyera a causas materiales, como riquezas adquiridas con excesiva facilidad, guerras perdidas, cambios en la composición racial...

"En los períodos de decadencia. . . la nota característica es la ausencia de tales ideales. Puede que en pequeños grupos ellos continúen vivos: en la nación, considerada como un conjunto orgánico, ellos pierden todo su sentido. No hay rumbos fijos, la existencia de los pueblos es un eterno vaivén, algo informe, vago e indefinido".

Se advierte que los procesos de auge y decadencia no son explicados por un determinismo absoluto, como podría entenderse por la expresión "leyes exactas". Depende, en parte al menos, de la obra de los grandes hombres, de la medida en que sepan encender los ideales en el alma de los pueblos. Jorge González habría de ser más tajante: al igual que cualquier ser orgánico, las naciones están sometidas a un proceso constante de transformaciones biológicas, cuyo control escapa a la capacidad humana. Pretender detener el paso de un pueblo de una etapa a otra, "es una aberración tan grande como lo sería el tratar de impedir que un niño se transformara en hombre: ello sólo sería posible a costa de la vida misma del ser sometido a semejante violencia biológica".

De aquí se sigue que las grandes crisis sociales el paso de las

monarquías absolutas a los regímenes constitucionales, o la Independencia de América, por ejemplo no pueden ser explicadas como efecto de determinadas causas, económicas o de otra índole. La explicación está solamente en la propia ley vital de los organismos de que se trate.

A una determinada etapa de la evolución social corresponden estados políticos y económicos correlativos. No es posible compararlos para sostener que unos sean mejores que otros, como no puede afirmarse que el adulto, por ser tal, sea "mejor" que el niño. Por cierto, en las etapas de madurez, cuando los pueblos alcanzan la plenitud de su fuerza vital, sus posibilidades históricas serán mayores que en otras etapas. La misión del estadista consiste en armonizar las instituciones de su pueblo con las necesidades y exigencias de cada fase de su desarrollo; sólo podrá orientar o estimular el impulso vital, de acuerdo con esas posibilidades intrínsecas. Y González emplea la imagen del "jardinero de un pueblo" ya usada por Spengler.

En fin, no toda colectividad humana es sujeto de la evolución históricobiológica,

advertirá el Jefe nacistas. Las hay que "hacen la historia...

aquellas que dirigen los destinos de los pueblos;.. .las que han legado por centurias y milenios sus actos heroicos. . ." Otras colectividades, en cambio, son simples objetos de la Historia; constituyen el "botín" de las primeras. No existe, entonces, "la humanidad" como sujeto histórico; tal es la realidad que debemos aceptar. No nos corresponde, dice Keller, indagar por qué el Creador dividió la humanidad en razas, las razas en pueblos y los pueblos en naciones.

Esta es la que podemos llamar 'la interpretación nacistas de la Historia'.

Ahora, ¿cómo se aplica al caso del pueblo chileno?

LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE CHILE.

Los pueblos ibero-americanos se encuentran en una etapa de barbecho étnico, nos dice Keller; son aún ahistóricos, habría dicho Spengler. "Dos veces se extinguió en ellos la llama de la vida cultural: por 1500, cuando terminó la civilización indígena y por 1650, cuando terminó la vida de la cultura española". Estos dos elementos de Iberoamérica ya han muerto, pues, y no será posible resucitar el pasado: "No habrá en el futuro cultura indígena ni cultura colonial". Ahora bien, los pueblos pueden permanecer por siglos en este estado de barbecho, pero los gérmenes de la vida cultural pueden comenzar a crecer en cualquier momento. 'Todo dependerá de la formación de una voluntad fuerte y consciente, que esté dispuesta a imponerse'. Aquí se aparta Keller del determinismo para adoptar un marcado rasgo voluntarista.

De lo anterior se desprendería que está en germen en este continente una nueva "cultura" en el sentido que Spengler le da al término o "civilización" para emplear el concepto de Toynbee ; una cultura distinta a la occidental, por tanto. Sin embargo, los pensadores nacistas

conciben a Iberoamérica como parte integrante de "Occidente"; si no toda ella, al menos las regiones más occidentalizadas, como Chile y Argentina.

El período de barbecho, en el caso chileno, fue interrumpido por la Independencia, "en que se produjo un primer despertar de la Nación". A partir de entonces, Chile se singulariza. Los pueblos latinoamericanos han nacido a la libertad, dice González, "desprovistos de un verdadero espíritu nacional". Faltando éste, faltando una tradición política, estos pueblos pretenden suplir estas carencias mediante fórmulas jurídicas. De allí la copia de la democracia norteamericana. Pero las flamantes constituciones, "carentes de un espíritu que les diera vida y significado", no pudieron funcionar y los nuevos países se vieron sumidos en la anarquía.

Portales y su Obra: Chile constituyó la excepción gracias a la intervención de un hombre: Diego Portales. Aquí, la interpretación de González es tributaria de la de Edwards y, como éste, el Jefe nacista sintetizará la obra portaliana como "la restauración de la monarquía, pero sin rey".

Portales, sostenía paralelamente Keller, fue quien creó la idea de Estado en Chile, "una idea que está colocada por sobre los intereses y las pasiones humanas, "una encarnación de la voluntad nacional misma." Más todavía: "Portales, sociológicamente considerado, fue nuestro Cromwell, nuestro Richelieu, nuestro Federico el Grande. Es decir, un educador del pueblo, un autócrata que con mano de hierro reprimió las aspiraciones individualistas y nos hizo sentir, por primera vez, lo que es un Estado. Portales condensó en el Estado la fuerza social organizada y la utilizó para salvarnos del caos amenazante".

Y así el gran ministro hizo de la república chilena "la Inglaterra o "la Prusia de América", no en cuanto a población y poder, "pero sí en cuanto a la eficiencia, moralidad y el espíritu público que la caracterizaba". De este modo, Chile "hizo Historia", agrega Jorge González; en América, sólo nuestro país y Estados Unidos consiguieron realizar tal milagro.

Portales, pues, es el modelo supremo, y el régimen portaliano, ejemplar. Los nacistas se levantan, en consecuencia, contra lo que juzgan interpretaciones falsas del Héroe; por ejemplo, la conservadora, que "confunde la letra escrita de la Constitución a que él diera vida, con la médula de su creación", o la marxista. Refutando ésta, recuerda González que en la época de Portales sólo existía un grupo social con conciencia política y espíritu de clase, la "aristocracia burguesa", que representaba auténticamente, por tanto, a la nación, y que sólo con ella se podía hacer gobierno.

La decadencia: No obstante, se está lejos de idealizar simplemente el pasado. "No hubo en el siglo XIX una vida espiritual que mereciera el nombre de tal", repara Keller. "Todo es imitación, copia", y la apariencia de desarrollo espiritual se explica porque se estaba llenando un vacío. Los dirigentes nacistas registran los cambios que experimentó la sociedad chilena a lo largo del siglo XIX, cargando, tal vez, las tintas negras: por una parte, "el espíritu liberal se apodera de la juventud", que se yergue contra el régimen; por otra, si la clase dirigente, hasta

entonces de base agraria, había demostrado austeridad, buen sentido y "espíritu de dedicación a la cosa pública", la plutocracia que se forma a partir de las riquezas mineras se caracteriza por el espíritu de lucro y de especulación, la falta de escrúpulos, la avaricia, la brutalidad en el trato... La clase dirigente plutocratizada, el liberalismo y la clase media, que despertaba políticamente, constituyeron un movimiento de oposición a la autoridad hasta entonces in discutida del Presidente de la República, movimiento que habría de desembocar en la guerra civil de 1891 y en el fin del régimen portaliano. Para Keller y González, el mayor de los pecados fue lo que podemos llamar la "deserción" de la aristocracia: la extinción de su espíritu nacional, el abandono de su antiguo modo de vida patriarcal -causa, seguramente, de lo anterior- y el predominio en ella del interés económico de clase. Transformada en oligarquía, se divorcia del. Gobierno nacional e impone su dictadura a través de formas "constitucionales, libertarias y democráticas".

"La implantación del régimen parlamentario, como consecuencia del triunfo de la revolución, significó. . . la transformación del antiguo gobierno nacional es un gobierno de clase. La aristocracia plutocratizada, una vez dueña absoluta del poder, desplazó el mando del país al Parlamento. Este quedó sometido a la voluntad omnímoda de las altas directivas de los partidos políticos, las que, a su vez, estaban directamente influenciadas por los grandes poderes financieros tanto internos como del exterior".

El régimen parlamentario significó en la práctica, la anulación del Estado; desposeído de toda voluntad propia, "no ha sido nada mas que un gran distribuidor de las rentas obtenidas del esfuerzo extranjero", dice Carlos Keller. Es ésta, indudablemente, la concepción fascista del Estado, como impulsado por una voluntad distinta y superior a la de los grupos políticos y fuerzas sociales. Diríamos que el Estado -más que el Gobierno- es casi pura voluntad.

Si esos son los cargos contra la plutocracia en el terreno político, no son menores en el económico: ella ha desnacionalizado la economía chilena; ". . . fue totalmente incapaz de sacar provecho permanente y efectivo de la riqueza salitrera, organizando, sobre esta base, una economía nacional poderosa y progresista. La plutocracia chilena se contentó, sencillamente, con las migajas que le entregaba el capital internacional. . . Aun quien no sea enemigo de la riqueza individual, tendrá que reconocer incondicionalmente, que la plutocracia chilena ha fracasado en todo sentido. ... Hoy los descendientes de la antigua oligarquía.. . han perdido paulatinamente toda la riqueza que alguna vez poseyeron, transformándose en funcionarios públicos y servidores sumisos y humildes del capital internacional.. ."

Efecto del desarrollo del capitalismo minero ha sido el surgimiento de la clase media y del proletariado. La primera, "formada dentro de un ambiente social corrompido", carece de tradición y de sólida base moral, así como de disciplina, imaginación y espíritu crítico; se inclina a adoptar fórmulas abstractas. . .". Se advierte en esta ácida crítica la influencia enciniana. En cuanto al proletariado, si bien el obrero chileno tiene grandes cualidades y puede ser "un factor de progreso de primer orden", entregado a las grandes empresas capitalistas, que le han

aplicado la "ley de la oferta y demanda", y víctima frecuente de las crisis económicas, no es de extrañar que se haya entregado al "evangelio marxista".

LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

Dos sucesos o fenómenos clave marcan la historia contemporánea de Chile, para los intelectuales nacistas: primero, el despertar político de las clases populares; segundo, la gran depresión del año 1929 y siguientes, que viene a agudizar la crisis desatada como consecuencia de lo anterior. La lucha entre la nueva conciencia popular y la vieja oligarquía, por una parte; los intentos -siempre frustrados- por restaurar el Gobierno Nacional de antaño, soberano y supraclasista, y, a la vez, por clausurar el divorcio entre política y economía, por otra: he aquí el resumen de la historia patria desde 1920.

Capital es en este proceso la intervención de las Fuerzas Armadas. Después del fracaso de Alessandri, —el que debió haber sido "el vengador y el justificador de Balmaceda"—, las Fuerzas Armadas, "últimas depositarias de las viejas tradiciones, quisieron reconstituir, en un desesperado esfuerzo, el Estado de Portales" 44 . Al mismo tiempo, "el germen socialista que anida en la masa... acude a buscar amparo en el Ejército"; por su parte, la oligarquía cierra filas con los partidos históricos:

"Civilidad y constitucionalidad pasan a ser sinónimos de reacción plutocrática; militarismo y dictadura, la encarnación de las nuevas aspiraciones sociales".

En este contexto es juzgado Ibáñez -que tanta importancia tendrá en la historia ulterior del nacionalismo chileno-. El "dictador" se dio a la tarea de destruir las "huestes políticas de la reacción", pero careció de "visión de estadista" para organizar en su reemplazo una "nueva fuerza nacional" -como lo hizo el fascismo italiano, acota Keller -; su gobierno fue de extraordinario progreso material, pero le faltó "una concepción clara de la tarea de reconstrucción espiritual por realizar". González le reprocha su política "torpe y personalista", y Keller, el "espíritu norteamericano", es decir, la creencia en una prosperidad ascendente en que Ibáñez basó su régimen: "en el momento en que quedó demostrada su inexactitud por la crisis mundial , tuvo que derrumbarse".

Alessandri, en su segunda administración -bajo la cual se desarrolla el MNS- es objeto de las más duras críticas. En suma, fue "el abanderado y sostenedor de la restauración oligárquica", dirá retrospectivamente Jorge González . El Frente Popular, a su vez, fue "sólo una combinación táctica de partidos incorporada a la lucha política nacional por mandato expreso de la Internacional Comunista", y su triunfo electoral sobre las derechas —aspecto positivo— debe, en realidad, atribuirse a toda la nación chilena, sacudida por el sacrificio del Seguro Obrero, -aunque en la práctica aprovechara a los partidos marxistas .

Podemos preguntarnos, entonces: ¿en qué cambió Chile a lo largo de los años en que tocó vivir, luchar y madurar a los nacistas? Desde luego, mucho en ciertos aspectos; en el fondo, muy poco. No cabe duda que

seguía estimándose válido allá por 1940 el lamento de 1932, cuando el MNS salía a la luz pública: la patria estaba reducida a un "hacinamiento informe de hombres desprovistos de idéales?, de moralidad y de civismo". Porque, había dicho Keller:

"Debido al desconcierto general que han producido nuestros constantes fracasos, la sociedad se ha disuelto en átomos. Cada chileno desconfía de su prójimo, ve en él un enemigo. . . Cada chileno está empeñado en echar del poder al que lo ocupa. Aún más: la animadversión se dirige en contra de todo individuo que realiza alguna labor, por modesta que fuere. Los celos, la envidia y las ambiciones destructoras jamás han florecido en tal forma en una colectividad como actualmente entre nosotros".

Duras palabras. Así es el concepto nacionalsocialista sobre el pasado y el presente de Chile. ¿Injusto? González y Keller podían haber dicho, como José Antonio Primo de Rivera, que no hay patriotismo fecundo si no viene por el amargo camino de la crítica. En este sentido, continúan la línea de un Nicolás Palacios, de un F. A. Encina, de un Alejandro Venegas, y se asemejan a la generación española del 98.

Explícitamente, dirán que niegan la realidad presente, por amor a una idealidad. Pero antes de conocer ésta, debemos reparar en los fundamentos ideológicos de la realidad rechazada.

CRITICA DEL LIBERALISMO Y DEL CAPITALISMO.

Una de las bases del pensamiento y de la acción política nacista es la crítica radical al liberalismo, en el más amplio sentido del termino: político y económico, democracia liberal y sistema capitalista. Si cabe, la crítica al liberalismo es más fuerte que la que se hace al marxismo -al menos hasta 1940. Es cierto que aquél es condenado como antecedente o causa del segundo - rasgo común con la crítica contrarrevolucionaria europea-, pero también por ser negativo en sí mismo; la impugnación nacionalsocialista del capitalismo se aproxima, en algunos aspectos, a la marxista. Por otra parte, marxismo y liberalismo son subsumidos en una misma categoría: materialismo.

Conscientemente, el nazismo remontó su crítica hasta el siglo XVIII y los ideales de la Ilustración. Keller valora la monarquía del Antiguo Régimen: fautora de la unidad nacional y del progreso económico, domadora de las fuerzas particularistas, educadora del pueblo . Y describe la implantación del capitalismo a partir del triunfo político de la burguesía "desde aquel tiempo en adelante, las preocupaciones materiales del individuo se encontraban en el centro de la vida de los pueblos" ; surgimiento del industrialismo y de la "cuarta clase", el proletariado; aparición del mercado y de la división del trabajo; destrucción de la unidad familiar. Con rasgos weberianos, se refiere Keller al cambio en los conceptos éticos que acompaña al espíritu capitalista: el puritanismo, "forma más pura" de la doctrina económica liberal, hace depender la eterna gloria del éxito material que obtenga el individuo; y "poco importaba por qué medios se conseguía esa

prosperidad; el hecho mismo de establecerla, significaba un hecho moralmente justificado y meritorio".

González alude a los pilares del Estado burgués, "con su organización democrático-parlamentaria del gobierno y su estructura individualista y capitalista de la economía", y acentúa principalmente la inversión de valores:

"El triunfo del liberalismo. . . significó el avasallamiento de los valores espirituales que hasta entonces habían presidido y encauzado la existencia de los pueblos. La vida entera pasó a ser regida por las fuerzas de la razón y del dinero. La política, cedió el paso a la economía; la tradición jurídica, al formulismo legalista; la intuición, artística, al intelectualismo y al tecnicismo; la religiosidad, al racionalismo escéptico. El hombre se creyó libertado para siempre de las cadenas de la tradición y de la sangre, y sometió el ritmo de su existencia a una finalidad única: la conquista del bienestar material".

Este aspecto es capital en la crítica nazi. Lo decisivo, dice otro texto, es la mentalidad liberal; "la atomización de la sociedad en individuos desligados de toda relación orgánica con el conjunto" -pues la exaltación del individualismo hasta sus últimas consecuencias, la dislocación de todo vínculo moral, han tenido que destruir el espíritu nacional-; la admisión del egoísmo, orientado en sentido material, como fundamento de toda la vida. . . . Desarraigados de la tierra, sin fe alguna ya en un destino, buscando en vano algún sentido a la vida, los individuos creen encontrar la felicidad en el goce de los placeres que ofrece la gran urbe... Al final se encuentra el suicidio, la auto-destrucción, la decadencia.

El gran ideal liberal, se afirma también, sería "el individuo completamente libre", libre de todo: de la tradición, de la religión, de la colectividad, de los deberes sociales, de cuanto le pueda representar una limitación. Ese individuo abstracto no existe, pero, en cambio, el hombre real, de carne y hueso,

"ha perdido su libertad en el siglo XIX. La gran mayoría de estos hombres, que antiguamente eran campesinos libres e independientes, han sido transformados en proletarios sin patria ni hogar. Otros han sido convertidos en simples instrumentos de la máquina económica y cumplen ahí una función sin sentido y sin relación con un conjunto superior" .

Estos ataques al sistema burgués recuerdan, en algunos aspectos, al Marx del Manifiesto Comunista por ejemplo, I, 14-16 . Pero tienen una raíz anterior. Como señala Karl Mannheim, la crítica al capitalismo como sistema social fue iniciada por la "oposición de derechas", para ser adoptada después, gradualmente, por la oposición de izquierda. El antiliberalismo

nazi se acerca, entonces, al anti-liberalismo del tradicionalismo europeo. Sin embargo, como quedará claro más adelante, no hay en el nazismo —no podría haberlo— un sentido de nostalgia por el viejo mundo feudal.

Los Partidos Políticos: La burguesía, dice Keller, "había reemplazado el Estado orgánico de la monarquía absoluta, en que las clases constituían una perfecta jerarquía", por la democracia liberal, en la que "cada

individuo entraba en una relación directa e inmediata con el Estado". Como esta concepción no podía ser realizada prácticamente en los extensos y poblados Estados modernos, muy pronto se formaron intermediarios: los partidos políticos. "Primero de tinte ideológico, los partidos adquirieron cada vez más un carácter económico, representando los intereses de determinadas clases sociales. A medida que se desarrollaban los partidos, se destruía la unidad nacional, ya que ninguno de ellos deseaba ni estaba en situación de hacer política nacional. . .".

Pues el Partido supone espíritu de clan, agrega González: "Es decir, el concebir lógica y naturalmente divididos a los chilenos en grupos políticos o de clase, con ideales antagónicos, con propósitos divergentes o con intereses encontrados... El partido representa, además. . ., una mentalidad racionalista y teórica, al enfocar la realidad nacional a través del prisma de un programa y de una doctrina preconcebida. Es decir, una concepción esencialmente dogmática que pretende encajar forzosamente la realidad dentro de moldes confeccionados de antemano".

González y Keller se refieren, además, a la falta de representatividad de los partidos; a la "falsa democracia de sus asambleas", dominadas por la retórica, la demagogia y una "manifiesta inepticia" . Sus críticas a cada uno de los partidos chilenos en particular ocuparían varias páginas. Fracaso de la democracia. Por lo demás, la democracia liberal o formalista ha sido "un rotundo fracaso" en todos los países donde se ha introducido, salvo en Inglaterra, en la que "subsisten condiciones políticas muy especiales" .

¿En qué consiste el fracaso de la democracia liberal? Podemos decir que en su ineptitud para regir la vida de los pueblos en conformidad con los mismos principios en que se basa. Tenemos, en el caso de Chile, la aparente paradoja de que "el sistema democrático-liberal de generación del gobierno sólo puede mantenerse mientras prácticamente no sea ejercitado". En efecto, entre 1831 y 1891 rigió en Chile un sistema que, aunque democrático en el papel, no lo era en los hechos; en los treinta años siguientes, esa democracia se hizo realidad. "Pues bien; durante aquellos 60 años Chile fue grande y respetado. . .; en cambio, al final de los últimos seis lustros. . . se vio lanzado en el más hondo y vergonzoso de los abismos" . Al mismo tiempo, el régimen de 1831-1891 era, en el fondo, auténticamente democrático, puesto que el Presidente y la aristocracia eran "los legítimos personeros del sentir nacional de la época", mientras que en el régimen que lo reemplazó el poder fue entregado a fuerzas políticas y económicas ajenas al interés nacional. Hay, entonces, una acepción positiva del término "democracia", que atiende la esencia y de la que nos ocupamos más adelante. Y una acepción negativa que atiende a la forma de gobierno, o de generación del gobierno: es la democracia liberal o formal.

El fracaso de la democracia liberal, pues, proviene de su misma base, "que entrega a la multitud la selección de los gobernantes"; ". . . en su afán de igualar los derechos políticos de todos, la democracia liberal se vio en la necesidad de descender hasta los más bajos

escalones de la condición humana, para encontrar en ellos el individuo que sirviera de común denominador en el ejercicio de esos derechos. Resultado de este procedimiento, ha sido la exaltación de la mediocridad, primero, y de la incompetencia, la inmoralidad y el caudillaje, después"

Paralelamente, el ejercicio de esos derechos ha sido condicionado, en la práctica, al poder económico que poseen los individuos. Por eso, la democracia liberal se identifica, hoy por hoy, -con la "dictadura del dinero". "Defender las libertades públicas significa permitir que continúe la dictadura del dinero"; significa aceptar la esclavitud definitiva de la cuarta clase, el proletariado. La democracia liberal es la ideología -en el sentido de Mannheim- de la clase burguesa o, más exactamente, en Chile, de la "oligarquía".

Y, finalmente, esa clase, para mantener su dominación, ha de negar su propia ideología; debe recurrir a la tiranía abierta, a la dictadura "despojada de toda idealidad", sin ningún porvenir.

El capitalismo mundial y Chile: Hemos visto la crítica al liberalismo en su aspecto político. En el aspecto económico, el nacismo —como casi todas las corrientes de opinión de la época- está bajo la impresión del "derrumbe del capitalismo". Justamente Keller se ocupa de las causas y efectos de la crisis económica mundial, en varias de sus obras.

Keller no cae en generalizaciones groseras y sabe matizar, sus juicios. Si el liberalismo económico fue "una tendencia histórica, perfectamente sana y lógica en un determinado ambiente" -el de la Inglaterra de preguerra,

primera potencia industrial y comercial-, no puede decirse lo mismo hoy día, en que la realidad ya no es la que conocieran Smith y Ricardo; el error de sus partidarios es concebirlo como un sistema abstracto, válido para todos los tiempos y todos los pueblos. Pero, actualmente, todas las naciones, aun la misma Inglaterra, están adoptando políticas intervencionistas, proteccionistas y tendientes a la autarquía; el sistema capitalista ya no funciona. Es, por lo demás, la decadencia de la economía mundial, prevista por Spengler.

¿Y en Chile? Aquí, las crisis son profundas, por la estructura artificial de la economía, que no obedece a fuerzas dinámicas interiores, sino que depende, fundamentalmente, del capital extranjero y del mercado mundial. Importando capitales, destinando nuestras riquezas naturales al aumento de la prosperidad de otros pueblos, corremos riesgo de perder "además de nuestra independencia económica, la política".

Por otra parte, en Chile, como en toda Hispanoamérica, no existe un sistema capitalista puro. No en el sentido -que se ha alegado a veces- que la intervención estatal lo haya eliminado, sino porque nuestra economía comprende desde formas que corresponden al paleolítico y a la economía medioeval, hasta el capitalismo primitivo y el moderno. La población no tiene mentalidad capitalista; no valora el tiempo ni el trabajo. Como Encina y Palacios, Keller ha reparado en la inexistencia en Chile de espíritu burgués, en el sentido más propio del término. Pero, como veremos en otro lugar, para Keller no se trata tanto de crear ese espíritu -la educación económica que quería Encina- como de basarse en lo propio, en las virtudes y defectos reales del chileno.

En todo caso, se puede apreciar una continuidad bastante notable en la crítica al liberalismo económico, desde el nacionalismo de la Generación del Centenario —cuando aún no se anunciaba la crisis de la economía mundial— hasta el nacionalsocialismo.

Divorcio entre política y economía: Ante la crisis mundial, "lo peor de todo", dice Keller, fue que la organización política era la menos adecuada para hacerle frente. El divorcio entre política y economía, perdonable en tiempos de prosperidad ascendente, se volvió funesto cuando los problemas económicos ya no podían tener una solución económica, sino política.

A su vez, Jorge González recuerda que democracia individualista y capitalismo son fenómenos correlativos, reprochando a quienes adoptan medidas socialistas para paliar la crisis económica, pero mantienen la democracia parlamentaria; es decir, hacen "una amalgama híbrida entre el socialismo económico y el liberalismo político". Por este motivo, esos gobernantes han fracasado; "por eso el país ha vivido y continúa viviendo sin rumbos y en perpetua zozobra" .

CRITICA DEL MARXISMO.

Si el liberalismo -político y económico- constituye una de las facetas de la realidad cuestionada por el MNS, el marxismo es la otra. Podríamos decir que el liberalismo es la tesis y el marxismo la antítesis; el nacionismo pretenderá ser la síntesis.

La apreciación del marxismo, con todo, varía un tanto a través de los años. En 1932 Keller casi no se ocupa de él. Los partidos marxistas son pequeños, y el enemigo principal es "la reacción" sin perjuicio de que los militantes nacistas le disputen a aquéllos la calle, a veces con resultados sangrientos . En 1938-1939 el MNS busca el entendimiento con la izquierda y opta por no pronunciarse en favor ni en contra de ninguna de las filosofías político-sociales en boga". Fracasado ese entendimiento, González denunciarán la "hidra bolchevique" y a los "secuaces de Stalin" . Esta vez el marxismo, por hallarse en el poder, es el enemigo principal.

Pero, en su línea central, el pensamiento nacista es claramente antimarxista. En primer lugar, el marxismo es interpretado como consecuencia o como reacción contra el capitalismo. Ante la proletarización de las masas obreras, "¿debe extrañarnos -se pregunta Keller que esas masas hayan recibido como un Evangelio la doctrina marxista que le predicaban los agitadores comunistas?". El marxismo era la única doctrina que ofrecía algo a los desesperados proletarios, y "así se generó la polarización de la vida política nacional" . Más aún: la actitud subversiva del profesorado, por ejemplo no es más que un movimiento reflejo de protesta contra la descomposición social.

En segundo término, marxismo y liberalismo son manifestaciones de un mismo fenómeno que, en última instancia, se reduce al materialismo. Bajo este concepto el marxismo es "una doctrina que se basa en los mismos fundamentos materialistas que el liberalismo , llevados a sus

ulteriores consecuencias, con la única diferencia de propiciar una distribución distinta de la renta nacional, cuyo valor no se distribuiría, de preferencia, entre los agraciados por la competencia económica, sino en la misma proporción entre todos los habitantes de un país. En el fondo, esto significa la realización del principio de la democracia liberal en el terreno económico".

Y tanto el liberalismo como el marxismo -prosigue Keller, de quien es la cita—, "ven la felicidad en la cantidad de bienes materiales de que pueda disfrutar un individuo". También González apunta a los fundamentos filosóficos comunes al liberalismo y al marxismo: el racionalismo y el materialismo.

"Su dialéctica materialista. . . tiene la característica anti-espiritual de las concepciones liberales: en última instancia, son los procesos económicos los que orientan la existencia de las colectividades humanas. Los valores del espíritu -creencias religiosas, manifestaciones artísticas, disciplinas morales, etc.- no vienen a ser para el marxismo sino fenómenos de 'superestructura'. . .". Y agrega:

"La concepción marxista de la sociedad resulta así tan individualista como la liberal, desde que lo social no viene a ser para el marxismo sino la suma de lo individual. No concibe a los pueblos como seres superiores, con vida, personalidad e intereses propios, diversos y por encima de los que caracterizan a los individuos-que los integran, sino sólo como una agregación numérica de éstos".

Liberalismo y marxismo "se han dedicado a internacionalizar el universo", es decir, a uniformarlo, a nivelarlo. Y este internacionalismo no excluye tendencias chauvinistas: el mismo materialismo los lleva al expansionismo.

Así, pues, el marxismo no ha hecho más que continuar la obra iniciada por el liberalismo. E incluso constituiría un progreso sobre éste, si fueran verdaderas las premisas liberales, si la economía fuese "la suprema manifestación de la civilización". Pues "lo que negamos es el fondo mismo de la doctrina marxista, su ateísmo, su negación del espíritu, su nihilismo", dice Keller. Porque, en suma, el materialismo histórico peca por pretender "invertir la verdadera relación que existe entre el hombre y la vida".

Fracaso del marxismo.- El socialismo marxista, decía Carlos Keller, es un sistema económico desarrollado sobre la base del capitalismo inglés, y cuya validez depende de que se realicen todas las premisas en que se basa. Y ocurre que "una gran parte de las premisas de Carlos Marx han sido abandonadas por la ciencia". El régimen vigente hoy en la Unión Soviética restablecidas la disciplina laboral, la diferencia de salarios, etc. , no conserva de la teoría "más que los nombres que se dan a las cosas".

Sin embargo, el marxista sigue creyendo "con todo el ardor de su alma" en el "fetichismo" del colectivismo económico. Entonces, lo que se reprueba en el marxismo, en este aspecto, es su dogmatismo, dogmatismo que le hace olvidar la realidad de las cosas; la desigualdad humana, por ejemplo. Y así se afirma: la dictadura del proletariado fracasó en su realización práctica, "porque la diferenciación humana es una consecuencia inevitable de la naturaleza misma del hombre".

En fin, si el marxismo es, en último término, asimilable al liberalismo, por lo menos tenía la virtud -a los ojos nacistas- de ser revolucionario. Pero hoy, ese espíritu revolucionario "se ha transformado en una fórmula ritual, contradicha por la actitud práctica en la política militante"; los partidos marxistas se han aburguesado, han aceptado el parlamentarismo y todas las formas burguesas de los partidos de derecha.

Así, pues, si el MNS denunciaba al marxismo -y específicamente al comunismo- su denuncia estaba lejos de asemejarse a la de las derechas.

RECEPCIÓN DEL FASCISMO.

La otra gran corriente política mundial de estos años fue el fascismo. De todas las influencias que configuraron el nacionalsocialismo chileno, fue ésta, sin duda, la más acusada. Ya observamos que se ha considerado generalmente al MNS como la versión chilena del fascismo internacional. ¿Cómo interpretaba él al fascismo, y cómo se auto-interpretaba en relación con éste?

Ya en 1932 González von Marees replicaba a los que acusaban al Movimiento de imitar al hitlerismo; no pretendían los nacistas ser originales, puesto que la "cultura criolla" era un apéndice de la cultura europea; los propios partidos históricos eran un reflejo de las ideologías de Europa. De lo que se trata, decía, es de adaptar el fondo de universalidad del fascismo a las necesidades de nuestra raza. Y describía así el "fondo de universalidad":

" El fascismo encarna la reacción espontánea y natural de los pueblos contra la descomposición política producida por el Estado democrático-liberal.

Significa el triunfo de la 'gran política', o sea, de la política dirigida por los pocos hombres superiores de cada generación, sobre la mediocridad, que constituye la característica del liberalismo; significa también el predominio de la sangre y de la raza, sobre el materialismo económico y el internacionalismo. En este sentido somos fascistas, sin que ello signifique, por ningún motivo, que pretendamos copiar el fascismo italiano o el hitlerismo alemán".

Para Keller, existe una antinomia fatal: fascismo o marxismo. Todos los grupos, tendencias o deseos del momento están emparentados a uno de los dos grandes movimientos. Caracterizaba al fascismo contrastándolo con el marxismo:

"Reconoce, en toda su amplitud, lo absurdo, injusto e inhumano que es el mundo que nos legó el siglo pasado y su intención no consiste, de manera alguna, en conservarlo y continuarlo, sino que es tan revolucionario como. . . el marxismo . Pero en vez de materializar pretende espiritualizar, porque tiene fe en la fuerza del espíritu y cree que sólo él da algún sentido a la vida. Desea, además, que la fuerza del espíritu restablezca en la colectividad el sentido de la responsabilidad de los dirigentes y dignifique la vida de las masas".

Advertía, sin embargo, contra el riesgo de imitaciones o injertos de

sistemas extranjeros, desaconsejados, por lo demás, por la experiencia de 40 años de imitación de la democracia parlamentaria europea. Fuerza del espíritu, de la sangre y la raza; reacción contra el liberalismo y el marxismo. Esto es, en esencia, lo que se ha llamado "fascismo" y que puede adquirir múltiples formas nacionales y cobijarse en los más diversos nombres: fascismo italiano, nacionalsocialismo alemán, integralismo brasileño, APRA peruano, Partido Nacional Revolucionario de México, Nacismo chileno... . Las diferencias entre éste último y el aprismo o el PNR mexicano, que parecerían tan marcadas, son sólo formales y obedecen a una razón histórica, se explica: el PNR y el APRA surgieron en la época de la guerra mundial y la post-guerra, cuando "el mundo parecía inundado por una ola de ideología comunista", la que tenía que afectar forzosamente a los movimientos nacidos en ese ambiente. El MNS, en cambio, surgió cuando ya había pasado la ola y pudo desarrollar, desde un comienzo, "formas más puras, sin tener que hacer concesiones de ninguna especie". Pero la doctrina fundamental es la misma en los tres movimientos 98 . Y, al respecto González ironizaba sobre los afanes de originalidad del APRA, que no obstaban a que fuese "el legítimo movimiento fascista del Perú".

¿Modelos extranjeros?. — Adaptar lo universal del fascismo a lo particular chileno; más que nada, crear. El nacismo lo tiene muy claro: el movimiento renovador tiene que identificarse con la nación misma: para tener éxito debe ser realista . Ya hemos visto que Keller reprobaba a la cultura chilena del siglo XIX su carácter imitativo, y anotaba: "existe una creencia mágica en los modelos".

El nacismo, pues, procura no caer en la imitación servil de modelos. Hay, claro, ejemplos a seguir; en 1932, Keller cita a la Italia mussoliniana, sí, pero también a ... la Rusia Soviética y a la Alemania de Weimar -Hitler llegará al poder sólo al año siguiente-. Lo que cuenta en estos tres regímenes tan distintos es su modo de "organización de las fuerzas económicas nacionales". Hay también gran admiración por la Alemania de siempre; de ella viene el ejemplo del "prusianismo", que es "el destino de los pueblos fuertes y viriles"; no sin razón se llamó a Chile "la Prusia de la América del Sur". Quizás influye en ello el origen alemán de muchos nacistas, comenzando por sus dirigentes, pero en 1936 el MNS declara la incompatibilidad entre la militancia en sus filas y la adhesión al "Jugendbund", asociación patriótica germánica.

Recusación del fascismo.- Poco a poco, el movimiento nacionalista va evolucionando, hasta llegar a rechazar la calificación de "fascista" y, más aún, a condenar el fascismo. La evolución parece comenzar por el desagrado con que se ve identificar a las derechas con el fascismo, a partir de la campaña antifascista del Komintern y la formación de frentes populares. Ante un auditorio marxista, Keller se quejaba de que las izquierdas habían comenzado por calificar al MNS de "fascista", para luego trasladar el calificativo al candidato presidencial de las derechas, Gustavo Ross. Ya antes, otro nacista había advertido del "gravísimo peligro" a que estaba expuesto el fascismo universal: ser confundido con las "formas exteriores que se dicen fascistas", y aludía concretamente a la dictadura social-cristiana en Austria.

La guerra civil española marcó otro hito en esta evolución. La alianza de

la Falange con las fuerzas conservadoras y el Ejército, coalición sostenida, además, por Alemania e Italia, podía chocar a quienes se sentían próximos al movimiento falangista. Un observador, desde "Acción Chilena", comprobaba, preocupado, que tras el asesinato de Primo de Rivera; la separación de sus cargos de los antiguos dirigentes y la incorporación obligatoria de elementos derechistas, la Falange había adquirido un carácter reaccionario. Y Jorge González gritaba, entonces, en la Cámara: "no cometeremos el error de la Falange Española, de amparar la plutocracia y la reacción". Con lo que reconocía en aquella cierta analogía con su propio partido.

Finalmente, se rechazaba la identificación y se declaraba no tener ni haber tenido jamás concomitancia con el fascismo internacional; no podemos aprobar, decía González, el fascismo italiano ni el nazismo alemán ni "mucho menos el fascismo de Ross". El nacionismo se proclamaba antifascista. Es cierto, reconocía, que cuando nació a la vida se inspiraba en el fascismo, entendido como un conjunto netamente teórico de concepciones de vida; nadie en Chile tenía, en 1932, muy claros los conceptos políticos y sociales, ni siquiera los socialistas. Desde entonces, el MNS completó su "natural evolución ideológica" y tomó contacto íntimo con la realidad nacional. Por su parte, el fascismo, "por culpa o no de sus dirigentes", se transformó en sinónimo de tiranía, de opresión de conciencias, de persecución racial y religiosa, lo que se estima inaceptable.

Con todo, esta recusación del fascismo no implica un cambio substancial en el pensamiento nacionista. De Jefe del MNS a Jefe de la VPS, el cambio mayor en Jorge González es en la expresión o, a lo más, en el desarrollo de principios que antes estaban contenidos como germen. El mismo lo dice: "somos los mismos de ayer, hoy mejor que ayer y mañana mucho mejor que hoy". Los adversarios, por su parte, continúan llamando "nacionista" al Movimiento.

Por último, el MNS/VPS estaba consciente de que el "antifascismo", tal como era planteado por algunos sectores de la izquierda, era un error. No se trataba tanto de ser antifascista, como anti-imperialista; se acusaba: "bajo el pretexto de combatir al fascismo se nos pretende enganchar al imperialismo yanqui", y se criticaba al Partido Comunista, que adhería a la política norteamericana del "Buen Vecino". Se negaba que la guerra mundial que recién comenzaba fuese una lucha entre democracia y fascismo; era sólo el enfrentamiento entre el imperialismo británico y el alemán, y la derrota de éste sería perjudicial para América Latina, pues así no habría ninguna potencia capaz de contrarrestar la influencia norteamericana.

NACIÓN, TIERRA, RAZA. EL NACIONALISMO.

Hora es ya de prestar atención al elemento "nacional" en el concepto "nacional-socialismo". El carácter nacionalista del MNS es obvio y, por si no lo fuera, se lo proclama explícitamente en alguna ocasión. Como todo nacionalismo hace referencia a una Nación o, mejor, a una idea de

Nación, comenzaremos por ésta.

Ya en su primer manifiesto, el Movimiento afirmaba que por sobre todas las pasiones e intereses debía predominar el interés de la Nación, entendiendo por tal

"no sólo el conglomerado de hombres que hoy viven sobre el suelo patrio, sino esa entidad superior cuya existencia se confunde con las generaciones pasadas y las venideras".

Y se agrega que, frente a los intereses encontrados de las clases sociales, hay un problema mucho más serio e importante: "el de la continuidad de la vida nacional". Pues la Nación no es una simple yuxtaposición de intereses individuales o de clase, explica González, sino un todo indivisible, colocado por encima de esos intereses y que, por lo tanto, no está legítimamente representado por ninguno de ellos ni tampoco por todos juntos;

"Si alguna misión tienen sobre la tierra las colectividades humanas llamadas naciones, ella es la de 'hacer historia', vale decir, la de sobrevivir en el tiempo a la fugaz existencia material de sus integrantes" La Nación, pues, es un pueblo con "voluntad política consciente", voluntad forjada a través de la historia y que resume toda la tradición nacional para nuevas realizaciones en el futuro. De este modo, la Nación es la "entidad superior que determina la interpretación de los valores espirituales", a los que se reconoce, sí, la máxima jerarquía; las facultades creadoras individuales deben desarrollarse en un sentido nacional.

La tierra y la raza: El concepto nacist de nación como ente esencialmente histórico es, también, el concepto mussoliniano y joseantoniano, el de Ortega y Gasset y de Renán. Pero, ¿qué papel juegan entonces los factores naturales, la tierra y la raza?

Se habla de "retorno a la tierra"; la tierra, de la que "emanan los valores reales". El nacionalismo significa el hacer regresar a los pueblos "al seno materno del paisaje en que se formaron". Por otra parte, se habla igualmente del "alma de la raza" -es el título de un artículo de González-; del "espíritu de la raza" -¿Volkgeist?-, de las cadenas de la tradición y de la sangre. Se afirma que la política nacional deberá estar sometida a la finalidad superior de "defender la raza", lo que se explicita agregando: mejorar sus condiciones espirituales, morales y físicas.

La existencia de razas separadas, hasta antagónicas, es uno de los problemas de América Latina y —asegura el ensayista— el comunismo latinoamericano es distinto del europeo en que tiene una base racial y atávica: "el odio del indio al conquistador". Mientras en algunos pueblos -México, Perú- conquistadores y conquistados mantuvieron su antagonismo y constituyeron capas sociales y culturales irreconciliables, en otros pueblos, los del sur -Chile, Argentina- ese antagonismo fue desapareciendo con la constitución de una sola entidad racial, mestiza pero con predominio de la sangre europea. Resultado: los primeros no han logrado darse formas políticas sólidas, mientras que los segundos lo obtuvieron ya en el siglo pasado. ¿Es, pues, determinante el factor racial? Aclaremos, sí, que en el texto citado se pone énfasis más en la división misma que en la superioridad de un grupo étnico sobre otro.

Keller entra de lleno en el problema, comentando la legislación racista alemana. Hay, por cierto, razas; hay leyes biológicas, ajenas, como tales, a toda valoración. Hay, por otra parte, los fines políticos alemanes de librarse de "la tutela judaica". Pero, continúa nuestro autor, la masa confunde una cosa y otra, y aplica una valoración positiva al concepto físico "nórdico", y algunos autores llegan al extremo de pretender elevar la legislación racista a una filosofía. Esto es materialismo, tanto como el materialismo económico, acusa el nacional-socialista chileno, y cita, contra Rosenberg, a Schüler: "es el espíritu el que se construye en el cuerpo".

"Hay una flagrante contradicción entre esta doctrina materialista y la afirmación -infinitamente repetida y variada por todos los credos fascistas del mundo— de que la historia de los pueblos se identifica con la biografía de los grandes genios. Precisamente, por intermedio de los grandes genios actúa el espíritu creador en los pueblos. Ellos agregan nuevos elementos a los ya existentes y someten la materia a las formas adecuadas a las necesidades del pueblo, de acuerdo con la palabra de Schiller que hemos citado".

Agrega Keller que la "pureza" no es un elemento primario y original de las razas, sino que es secundario y derivado. Pureza y mezcla de sangres pueden ser convenientes o inconvenientes, según el caso y la medida en que se practiquen.

En Chile, en fin, la selección de los mejores no debe atender al factor raza; en este sentido, el nacismo se asemejará más al fascismo italiano que al nacionalsocialismo alemán, dice otro ensayista. De aquí que el verdadero nacionalismo, en nuestro país, pueda aceptar elementos raciales de todos los pueblos occidentales -ya que Chile pertenece a la cultura occidental-, pero con la condición sine qua non de que se incorporen realmente a la nación chilena. De aquí también que, cuando la VPS repudie toda teoría de "supremacía racial", sólo siga la línea ya trazada.

Los judíos: Con respecto al pueblo judío, Keller ve el problema de acuerdo con las pautas de Spengler: aquél es "civilizado", esto es, se encuentra en la etapa final de toda Cultura; una etapa a la que recién ha llegado Occidente, y de la cual son representantes también liberales y marxistas.

De lo anterior se desprende la incompatibilidad entre el espíritu judío y el alma de pueblos como el chileno, que aún se halla en la etapa temprana de la Cultura. Pero no necesariamente se desprende hostilidad hacia los judíos; Jorge González denunciará la extorsión de que estaban siendo víctimas inmigrantes judíos por parte de funcionarios públicos. El nacionalismo: El MNS es nacionalista, decía Keller, porque es realista. Cada raza, pueblo o nación constituye una unidad especial y distinta, con la que debe contar toda tentativa de "reformular la vida".

Nacionalismo, en suma significa.

"exigir a la propia nación que corresponda, en lo posible, al ideal máximo que ella misma se haya formado, a fin de cumplir así con los deberes de perfeccionamiento que corresponden, dentro de la nación, a cada individuo, y en el conjunto de las naciones, a cada cual de ellas". Significa también una reacción contra el desarraigo y la decadencia:

"Quiere hacer regresar a los pueblos al seno materno del paisaje en que se formaron, favorece las fuerzas que emanan de ese ambiente, fomenta todo lo sano y vigoroso que existe en los pueblos. Le da así un sentido a la vida, porque la considera como un torrente que proviene del pasado y que se dirige al futuro, como una tarea y no como un placer, porque incorpora al individuo a la comunidad nacional y le fija funciones dentro de este conjunto, conforme a sus capacidades, porque para él nuestra estado en este mundo debe caracterizarse por el desarrollo de las virtudes heroicas".

Se comprueba, simultáneamente, que en cada país latinoamericano existe una juventud que propicia una política "nacionalista", no en un sentido chauvinista, sino en el de una profundización e intensificación de los valores propios, en el de la realización de una política que propenda al máximo de bienestar de la colectividad, "considerada como un conjunto orgánico y homogéneo". Es importante la aclaración acerca del chauvinismo; se sabe que el nacionalismo puede adquirir "formas superficiales y exteriores", como las manifestadas a menudo en el siglo XIX; en este caso, fue utilizado como pretexto para fines egoístas, tanto individuales como nacionales. Es el "nacionalismo" expansionista de las grandes potencias occidentales o de la Unión Soviética, encaminado a la acumulación de riquezas materiales; "nacionalismo" que adquiere un carácter abstracto, se confunde con un simple afán de dominio. En cambio, el nacionalismo fascista, vinculado a la cultura popular ¿la tierra y la sangre? , respeta a todas las demás nacionalidades. La Nación como naturaleza, como tierra y sangre; pero, sobre todo, como Historia, como tarea, como misión y, en suma, como espíritu; éste es el sentido del nacionalismo del MNS.

SOCIALISMO. INDIVIDUO. COLECTIVIDAD.

Observaba González que muchas tentativas nacionalistas se habían limitado a hacer revivir los sentimientos patrióticos, sin intentar modificar la organización social y económica existente, y estaban por ello condenadas al fracaso. En el actual período de la evolución social, cuando las masas se han incorporado plenamente a la vida política, "la idea nacional no puede desligarse de la idea socialista", por la misma razón que en el siglo pasado estuvo unida a la idea liberal. Nacionalismo y socialismo eran, pues, términos complementarios. Ya antes había sostenido el mismo autor que el socialismo económico que se esbozaba en el mundo moderno debía, necesariamente, para surgir y prosperar, ir acompañado de un sistema político nacionalista.

¿Qué se entendía por "socialismo"? Se habían definido las discrepancias con el socialismo marxista, "que no se diferencia del comunismo sino en el nombre", rechazándose de él la opresión de unas clases por otras y el internacionalismo. Se rechazaban también "esas doctrinas utópicas" que hacían girar la grandeza y felicidad de los pueblos exclusivamente en torno al "materialismo económico". Keller, en fin, advertía que era un error creer que el concepto "nacionalsocialismo" -tanto en el caso alemán como en el chileno- implicaba un nacionalismo de tipo liberal y

un socialismo de estilo marxista.

"Somos socialistas", decía González, "en el sentido de que, en todas las actividades nacionales, deseamos que el concepto de lucro, de interés individual, sea reemplazado por el de 'función social' " -y es él quien subraya el concepto-. El individuo, junto con trabajar para si, debe trabajar para la colectividad. Ya que...

"Para el socialismo, el sujeto fundamental de la vida no es el individuo, sino la sociedad de que éste forma parte. Y la finalidad suprema del trabajo humano no es el "bienestar" individual, sino el mejoramiento moral y material del cuerpo social considerado como un todo orgánico... La vida en colectividad debe ser concebida como una mancomunidad de voluntades y de esfuerzos, dirigida a obtener para dicha colectividad el máximo mejoramiento en todos los aspectos. ... Socialismo viene a ser así la doctrina de la primacía indiscutida de lo social sobre lo individual, es decir, el refrenamiento constante de los apetitos y egoísmos de los individuos en favor de los superiores intereses de la colectividad".

El socialismo no es, pues, una fórmula económica, señalaba Keller, sino un elemento "netamente moral"; un criterio general referente al comportamiento del individuo en la sociedad. "Socialista es quien se somete, en toda su vida, en todos sus actos, a las necesidades colectivas".

El socialismo no es una fórmula económica. Reducido a tal, entendido como colectivismo, es un "fetiche" -ya se nos dijo. El socialismo nazi está libre de prejuicios, y si no cree en las bondades absolutas de la economía privada, tampoco cree en el fetiche de la economía colectiva. ¿Entonces? Atenerse a lo que es socialmente más útil en un caso dado: propiedad privada o propiedad pública no son excluyentes en la cuestión económico-social; la elección dependerá de la eficacia relativa de una y otra. Pero, si se mantiene la propiedad privada de los medios de producción, se transformará de "derecho" en "deber"; "el propietario pasa a ser, en cierto modo, un mandatario de la colectividad", encargado de hacer rendir al maximum los medios de producción que le han correspondido. En fin, los principios anteriores no obstan a que los programas nazis contemplen medidas socialistas, en el sentido más corriente de la expresión: socialización de la banca y de las empresas de utilidad pública, "expropiación total" de las compañías de cobre, salitre, hierro; expropiación de los latifundios; supresión del interés, limitación del derecho de herencia.

Socialismo moral, pues, cuyos fundamentos filosóficos se remiten expresamente a Spengler. Socialismo ético que se contrapone al socialismo doctrinarista, dialéctico, racionalista, del Partido Socialista chileno, pese a lo cual se cree posible el frente común con éste, basado en el carácter revolucionario de ambos socialismos.

Individualismo y colectivismo: Ya sabemos que el socialismo ético consiste en la subordinación -voluntaria- del individuo a la colectividad; en el reconocimiento de ésta como el más alto valor. Se deplora la atomización de la sociedad, se quiere la "socialización espiritual del

individuo", se ataca el individualismo liberal y marxista. Pero, sin embargo, el naciismo no es colectivista ni anti-individualista. Veremos como se explica la aparente contradicción.

Es cierto que la colectividad, la comunidad nacional, es superior, independiente, trascendente a los individuos que la forman; que ella es la "base y medida" para el individuo; que éste "sólo tiene derecho a la existencia, en cuanto esté dispuesto a someterse a las necesidades" de aquélla. Pero, se aclara, "esta exaltación de la sociedad no implica una anulación de la individualidad. El hecho mismo de reconocer el Naciismo los valores espirituales como la más alta categoría, excluye la destrucción de la personalidad". El naciismo desea, "que cada individuo se aproxime, en el grado máximo posible, al ideal espiritual de Occidente. ..".

"Esto implica. . .una nueva valorización del individuo. Para nosotros, un individuo no vale más porque sea rico como para el liberalismo , ni porque sea pobre como para el marxismo , sino porque realiza en su vida los valores espirituales en que se basa nuestra cultura: la eficiencia, el desprendimiento, el sacrificio, la constancia, el valor..". Por el contrario, liberalismo y marxismo sí que destruyen la individualidad, en la super-empresa capitalista que reduce al individuo a una pequeña parte viva del conjunto mecánico, o en el concepto de proletario que prescinde totalmente de las cualidades realmente humanas. ¿Es decir que liberalismo y marxismo son anti-individualistas? ¿No se los había tachado antes por lo contrario?

Lo 'que ocurre es que el individualismo liberal y marxista es de carácter igualitario, nivelador; el individualismo -si cabe llamarlo así- naciista, de carácter aristocrático. Es su misma superioridad lo que lleva al "hombre naciista" a subordinarse voluntariamente a la colectividad; pero esta moral -moral heroica- es incompatible con criterios que midan por el nivel más bajo.

Hombre superior y hombre masa. - Keller admite de buena gana que su ideal implica que tiene que haber hombres de distintas y desiguales condiciones: "El Naciismo rechaza, por tanto, el concepto de igualdad"; sea la igualdad formalista, sea la igualdad material. Pero no es que postule la desigualdad económica, sino que acepta la desigualdad espiritual: "la desigualdad de facultades creadoras, de aptitudes y condiciones para el trabajo".

Porque el naciismo, dice, desafiante, Keller, es el credo para los fuertes, los sanos, los viriles, y repudia toda debilidad y feminismo. El Estado del futuro -advierte otro autor- hará desaparecer cierto tipo de jerarquización de la sociedad, pero ello no significa que vaya a "autorizar la sublevación del hombre-masa". Con lo que nos encontramos con el famoso concepto orteguiano.

El nacionalismo aspira, en resumen, al hombre superior —de tipo nietzscheniano-; hombre superior al que la vigencia de ciertas virtudes aristocráticas lo convierte en un "servidor del Estado".

ESTADO Y GOBIERNO. LIBERTAD POLÍTICA.

Contra las concepciones materialistas o economicistas —no sólo marxistas— que supeditan lo político a lo económico en cualquiera forma, el nacismo es tajante al afirmar "el absoluto primado de la política sobre la economía". Pese a la economía, dice Keller, el problema central de nuestro tiempo es el político; aun el proletariado lo ha comprendido así, puesto que aspira a derribar un tipo de Estado -el burgués- para reemplazarlo por otro. Y amonesta nuestro autor: "isi queréis salvar a la economía, destruid primero ese foco de podredumbre política! Lo demás vendrá por añadidura". Politique d'abord, como diría Charles Maurras.

La tarea principal, entonces, es la de restauración del Estado, o, mejor dicho, la instauración de un Estado que "se dé cuenta de la situación y que actúe"; un Estado que responda a las nuevas exigencias colectivas. Nos hallamos otra vez después de un siglo, en el mismo punto de partida de Portales, quien también encontró "un hacinamiento informe de tendencias políticas y anarquía", dicen los nacistas. La tarea de éstos será, pues, la misma de aquél, pero sin que ello signifique un regreso a las formas políticas establecidas por el Ministro. Ya que en aquel tiempo Chile era un país esencialmente agrario, no se conocía el proletariado ni la clase media, ni tampoco había que preocuparse del problema del capital internacional.

¿Cuál fue la esencia -válida aún hoy- de la obra portaliana? Ya sabemos que Portales creó en Chile la idea de Estado propiamente tal; idea que no hay que confundir con un régimen jurídico determinado. Se trata de desvincular al Estado de todo interés de clase o de partido, a fin de que sea el arbitro de toda la nación; que sea la "encarnación de la voluntad nacional misma", independiente e inaccesible a las bajas ambiciones.

Porque el pueblo, por sí solo, no constituye una nación:

"Es necesario. . . que en armonía con él marche el Estado, que es la herramienta política con que el pueblo realiza su destino. El Estado debe saber dar forma a las ansias y a los anhelos de progreso y de poder del pueblo, mediante la estructuración política del mismo de acuerdo con las exigencias de la época en que le corresponde actuar y con las necesidades colectivas que esa época imponga".

Estado que, si realiza los ideales colectivos, es él quien los interpreta; si da forma a las ansias y anhelos del pueblo, no depende de ellos, puesto que está por sobre los intereses y pasiones humanas ¿un Estado sobre humano? :

"El Estado del futuro deberá ser iniciativa máxima. Su voluntad debe ser más fuerte y pura que la de los particulares". "Debe tener una conciencia más elevada de su misión de la que los particulares tratan de inculcarle. El Estado debe hacer lo que desea y debe hacer, sin necesidad de esperar las demandas, reclamos y protestas de la opinión pública".

Un Estado con voluntad propia, trascendente; un Estado de "iniciativa máxima". Como señalábamos anteriormente, ésta es la concepción fascista del Estado, una concepción idealista, si se quiere.

Totalitarismo y dictadura: Y, sin embargo, este Estado no es un fin en sí, sino un instrumento; una "herramienta", como se dice expresamente más arriba. Ya que los pueblos no viven para tener gobiernos, sino que tienen gobiernos para poder vivir, arguye Fernando Guarello, uno de los diputados nacistas.

Pero es Guarello uno de los pocos nacistas que habla de "Estado Totalitario": el estado que se necesita, dice, para ser nacional, "requiere a la vez ser totalitario", a fin de combatir a los poderosos intereses económicos que actualmente se sirven de él. Y no debe temerse que sea una dictadura que aplaste la iniciativa personal y la dignidad individual. Con todo,

"Es evidente que un Estado totalitario envuelve un serio peligro o por lo menos una inconfortable amenaza para algunas personas y sus intereses. Y los amenazados son solamente aquellos que estaban acostumbrados a disponer del Estado en su propio provecho. Mas, la masa ciudadana, los millones de habitantes que jamás han logrado que se les reconozca siquiera su derecho a la vida, esa masa será, sin cuestión alguna, la principal beneficiaria de un Estado totalitario, cuya autoridad habrá de ser el arbitro imparcial y severo que sea capaz incluso de hacer entrar en línea y poner los puntos sobre las íes a todos los poderosos intereses financieros y políticos que hoy gobiernan clandestinamente al pueblo de Chile".

La justificación del Estado totalitario moderno es, de este modo, la misma que la del Estado absoluto de los siglos del Barroco: como éste sometió al noble, aquél deberá "someter a su voluntad al descendiente del antiguo encomendero"; se trata de que "desaparezca la prepotencia que los grandes capitales financieros e industriales han ejercido frente al Estado". Y la concepción nazi recoge la prusiana del individuo como "servidor del Estado" .

Pero cabe preguntarse si es realmente totalitario este Estado del que se dice que no puede absorber en sí toda la vida social. Tal vez sea más apropiado llamarlo "Estado Orgánico". ¿Es una dictadura? Sí, porque "la existencia de toda sociedad siempre envuelve la existencia de una dictadura"; la democracia liberal es "la dictadura del capital internacional, del latifundismo y de la plutocracia nacional". De la dictadura marxista, todo está dicho por sus propios ideólogos. En cambio, como la "idea fascista" excluye de antemano la existencia de un adversario, su gobierno no pretende mantener en jaque a ningún adversario; dicho de otra manera, al concebir la Nación como un Todo Superior a clases y partidos, se excluye la idea de dominación de unos sobre otros:

"La única dictadura aceptable, porque no es arbitraria ni representa una tiranía, es la dictadura de los intereses superiores de la nación, alejada de todo personalismo, rígida e inflexible en sus procedimientos, sin misericordia en sus sanciones y tan comprensiva que ningún ciudadano sano y laborioso no le preste la mayor colaboración y adhesión".

Dictadura que invoca, no a una clase o a un partido, sino a toda la Nación; que se ejerce sólo sobre aquellas fuerzas particularistas y egoístas, insolidarias con el Todo nacional.

La libertad: Mas este Estado significará, necesariamente, "también, la libertad. No la libertad como la entienden las derechas. . . sino la liberación de la nación misma de todas las dictaduras que se han entronizado en ella". Para el naciismo, no existe el problema de la libertad política en el sentido individualista, que no es más que un vano formulismo que sirve a todos los intereses, "principalmente a los más fuertes, cuya prosperidad está ligada a la debilidad del Estado". En este sentido, la libertad ha cedido su lugar al trabajo, fin supremo de la existencia humana; "los pueblos ya no claman por libertad, sino por trabajo" .

El concepto naciista de libertad tiene, entonces, un sentido nacional, no individualista; "liberación de la nación". Y la libertad política de Chile está amenazada principalmente por la finanza internacional y por el comunismo ruso.

Y se pregunta un escritor naciista, "¿no representa el fascismo una tentativa gigantesca, cuya finalidad consiste precisamente, en salvar la libertad del mundo y del individuo, cuyas bases están amenazadas por el demo-liberalismo y el marxismo?".

La democracia: Sabemos que la democracia liberal o formal se identifica con la dictadura del dinero; es ésta una falsa idea de democracia. La democracia "no puede consistir en un método para la generación de los poderes"; debe tener un contenido espiritual, que no puede ser otro que "el vínculo que une a gobernantes y gobernados". Democracia perfecta será aquella donde el Estado se identifique con el pueblo, realice los ideales colectivos y sea considerado como algo propio por cada ciudadano. No la pseudo democracia "de montoneras y asambleas amorfas e irresponsables".

La verdadera democracia, sostiene por su parte González, no puede consistir en el dominio omnipotente de las multitudes, ni en la nivelación sistemática de condiciones y capacidades. "Quien desee mandar, debe previamente haber aprendido a obedecer. Un pueblo sin disciplina, sin respeto a las jerarquías, no podrá aspirar jamás a ser bien gobernado". "La tarea esencial del naciismo consiste. . . en constituir, sobre bases democráticas, un gobierno aristocrático. Aristocracia y democracia no son para nosotros conceptos antagónicos. Muy lejos de eso: la aristocracia, o sea, el gobierno de los mejores, constituye la lógica y natural resultante de una democracia sana. El gobierno pertenece al pueblo, pero no considerado éste como masa amorfa, sino como generador consciente de una clase dirigente. Todos tienen derecho a intervenir en el gobierno, pero sólo los mejores pueden llegar a realizar prácticamente ese derecho. El sólo hecho del nacimiento abre al hombre el camino que conduce a la conquista del poder, pero ese camino sólo podrán recorrerlo en toda su extensión, los naturalmente llamados a ello".

Organización política: Pero el naciismo no cree en una organización política ideal, como no cree en una fórmula económica ideal. No se quiere "jugar a construir un Estado, como otros juegan con la fantasía"; el único criterio para apreciar el valor de las instituciones políticas, es el éxito que se obtenga mediante su aplicación.

Gobernar, por otra parte, "más que soñar con soluciones abstractas,

significa saber palpar la realidad; más que exponer hermosos programas, significa actuar con decisión y precisión de miras". Es González quien habla. Y agrega: "las posibilidades políticas de este siglo girarán, necesariamente, en torno a los individuos y no a las doctrinas". El factor hombre! relativamente secundario en los regímenes tradicionales, pasa a primer lugar en la nueva fase histórica que se inicia; ya no son la tradición ni los códigos la fuente del Poder, sino el valer de los hombres que llegan a asumirlo. Ya lo sabíamos: hombres antes que programas. En términos de Max Weber, podría decirse que la legitimidad tradicional y la racional son reemplazadas por la legitimidad carismática.

Sin embargo, y como medidas prácticas, el naciismo aspira al reemplazo del sistema representativo basado en los partidos por la representación gremial, a la descentralización administrativa, etc. En cuanto al gobierno mismo, se propone la separación de los cargos de Jefe del Estado y de Jefe del Gobierno. El primero, Presidente de la República, representará a toda la Nación y será elegido en forma plebiscitaria; se mantendrá al margen de las banderías, como arbitro superior. El segundo Jefe del Gabinete, será responsable por la política efectiva, pero no ante el Parlamento, sino ante el mismo Presidente, quien lo removerá "tan pronto la opinión pública se distancie de él".

ORGANIZACIÓN SOCIAL. EL CORPORATIVISMO.

El MNS es, por supuesto, corporativista o funcionalista. Keller ha tomado nota de las tendencias predominantes en la época: la organización de las fuerzas nacionales, la gremialización de todas las actividades... El Estado corporativo será la "realización integral de estas aspiraciones". No obstante, los tratadistas nacistas no desarrollarán en detalle un modelo de organización corporativa. La razón es clara: antes que en los programas, creen en los hombres; no se ilusionan con un ordenamiento a priori de la sociedad. Primero ha de venir la socialización del individuo, tarea del Movimiento y del Estado. Se contentan, por lo tanto, con un principio general de organización.

Podemos distinguir dos aspectos en el corporativismo: uno representativo y otro organizativo. Vale decir, es, por una parte, un sistema de representación popular y, por otra, un sistema de organización de las fuerzas económicas y sociales.

Atendamos primero a la dimensión representativa. Estima el naciismo, con Keller, que la base del pueblo —hacendados, inquilinos, empresarios, empleados, obreros— es sana; se desea reconstruir el país con todos estos elementos. La representación actual, empero, está falseada: a la derecha, la inmensa masa de los patrones sanos y laboriosos está sometida a "la dictadura de especuladores nacionales e internacionales, ladrones de fondos públicos. .."; a la izquierda, hay literatos fracasados que se presentan como "pobres proletarios hambrientos"; hay millonarios explotadores que dicen representar a los trabajadores; especuladores y estafadores que dicen defender los intereses proletarios.

"Es por eso que el Naciismo es partidario del sindicalismo integral y

declara que no puede haber una verdadera democracia si cada interés no está representado por genuinos delegados en el Gobierno".
¿Representación de los intereses, entonces? El Estado nazi será independiente de todo interés de clase; por consiguiente, se trata de crear órganos que tengan esa representación, pues no debe negarse a los intereses económicos y sociales "el derecho de hacerse oír dentro del Estado".

En el otro aspecto, "el corporativismo será la organización autónoma de las tuerzas del trabajo y de la producción". El Estado intervendrá sólo si hay desavenencias que los interesados no puedan solucionar por sí mismos. Porque el funcionamiento del sistema implica la paz social, el reemplazo del espíritu de beligerancia por el de cooperación entre clases.

¿Y el individuo? Otro doctrinario nazi, Javier Cox, se expresa más sobre el tema. Ya no se trata, dice, de agrupar a los ciudadanos de acuerdo con esquemas políticos o ideológicos preconcebidos, "sino de acuerdo con la posición que naturalmente ocupan dentro del conglomerado social, de acuerdo con el sitio que la vida misma les ha asignado". Es la concepción tradicionalista que quiere ver al hombre concreto, ligado a un oficio, a una posición "naturalmente dada", en lugar del individuo abstracto y desarraigado del liberalismo. Es también la noción del "hombre situado", que dice Burdeau. Pero escuchemos a Cox:

"La única organización. . . que la democracia liberal establece para el auto-gobierno del pueblo es la formación del cuerpo electoral, a base del sufragio universal. Pero esta organización no obedece a ningún concepto funcional, es decir, no corresponde a ningún hecho social que tenga una existencia real en la vida del pueblo. En efecto, a los ciudadanos que componen el cuerpo electoral así formado, no puede unirlos otro vínculo que el del interés superior y general del Estado, ya que para juntarlos se ha recurrido a una clasificación única y de extensión absolutamente general: la de ciudadano elector".

Tras recalcar que la casi totalidad de los ciudadanos electores no se encontraba en condiciones de discernir cuáles eran esos "intereses superiores y generales", Cox señalaba que la democracia funcional, en cambio, "agrupa a los ciudadanos de acuerdo con las actividades en que se desarrolla la vida de los individuos, y que espontáneamente generan las agrupaciones humanas de índole gremial. Así clasificados, los ciudadanos entran a actuar en la vida del Estado dentro de la órbita que les es propia..."

Y hacía ver que el derecho de elegir a los propios representantes, que en el régimen demo-liberal se reducía escasamente el 10% de la población, en el régimen funcional se extendía a todo individuo, hombre o mujer, supiera o no leer, de cualquier edad, con la sola condición de que trabajara.

Encuadramiento sindical y corporativo. - Keller esbozaba así la organización corporativa deseada: en la base, sindicatos de asalariados y cámaras económicas de patrones; los primeros se unen en federaciones, por rama económica metalurgia, industria textil, por

ejemplo y los segundos, en las respectivas asociaciones. Las federaciones y las asociaciones de una misma categoría económica, reunidas, constituyen la corporación correspondiente. Las corporaciones en su conjunto forman el Consejo del Trabajo y la Economía, "auténtico consejero del Gobierno en materia de política social, financiera y económica". Además, sindicatos y cámaras celebrarían los contratos colectivos, reglamentarían las condiciones de trabajo, etc.

Cox distinguía dos fases en el proceso de estructuración corporativa de la nación. La primera, la del "encuadramiento sindical", con un objetivo eminentemente social, cual era la distribución de los beneficios de la producción entre los factores de la misma. La organización comprendería las asociaciones sindicales, a nivel local; las federaciones nacionales, -uniones de sindicatos de categorías afines- en el orden nacional, y las Confederaciones Nacionales, que formarían, a su vez, grandes agrupaciones de categorías. Se conservaría la separación entre organismos patronales y de trabajadores. Las profesiones liberales ocuparían lugar a una confederación nacional aparte.

La segunda fase era la del encuadramiento propiamente corporativo, que tenía por objetivo regular la producción. La corporación habría de reunir a las partes patronales y asalariadas que tuviesen intervención en cualquiera de las fases del ciclo productivo del producto de que se tratase salitre, por ejemplo.

Otra novedad eran los "sindicatos de derecho público", a los que el Estado delegaría ciertas funciones.

Cabe destacar, finalmente, que el nazismo no cree en un corporativismo "libre", entendiendo por tal la representación y organización espontánea de las fuerzas sociales. Una nota de "Acción Chilena" denuncia la "moda del corporativismo" y pregunta si cree alguien que podría funcionar un sistema corporativo en que se concediera a cada actividad una representación "democrática" en un Consejo. "Para que pueda haber corporativismo -se explica- debe cumplirse previamente una 'conditio sine qua non': la existencia de un poder político independiente de todo interés económico". Consecuentemente, en el Congreso Agrario Nacista, Keller critica la formación de partidos gremiales, tales como el Partido Agrario: constituirían, dice, la lucha de clases en forma descarnada, sin el freno dogmático "que caracteriza al menos a los partidos políticos". El corporativismo libre equivaldría a la anarquía, dice, en la misma ocasión, González.

El corporativismo nazi, pues, es "subordinado", de acuerdo con la expresión de un autor. Se diferencia en esto del corporativismo de los sectores empresariales o de la doctrina social católica, que creen en la expresión "libre" de las fuerzas sociales, tal como son. El nazismo, a semejanza del fascismo italiano, quiere la intervención del Estado, tanto para organizar como para imponer justicia entre estas fuerzas sociales.

RETORNO A LA NATURALEZA: LA ECONOMÍA.

El nazismo, está claro, es partidario de una economía dirigida: propugna el "control superior del Estado" para armonizar la producción con el

consumo y encauzar el comercio exterior; estima necesario un plan económico y un Consejo Superior de Planeamiento, "en que debe residir la voluntad económica nacional y que someterá a sus órdenes a todos los sectores de la economía". Con todo, se desea que el Estado ejecute directamente lo menos posible, pero sí que oriente, encauce, fije rumbos, supliendo la actividad privada sólo en última instancia. Dado que:

"La vida es la mescolanza. También en la economía dirigida habrá formas híbridas, trozos contradictorios, sistemas superpuestos. La idea misma de la totalidad de la economía planeada no excluye la coexistencia de estos elementos. ... El problema de la economía del futuro no envuelve la antinomia: colectivismo versus individualismo, sino que es perfectamente posible que ambas formas existan simultáneamente"

La tarea fundamental del Estado es la educación; educación, en este caso, de los sujetos económicos, patronos y obreros. El empresario, de acuerdo al criterio socialista que ya conocemos, debe saber cumplir su función social; la finalidad de la empresa no es la de obtener utilidades, sino la de atender las necesidades nacionales y buscar el bienestar de todos los que colaboran en ella; la remuneración de cada cual no deriva de la ley de la oferta y la demanda, sino de los servicios prestados a la colectividad. Conocemos, por otra parte, las medidas económicas concretas que propone el MNS/VPS. De entre éstas destacan las relativas a las riquezas mineras de Chile. Se pedirá su nacionalización, "por vía de la expropiación total". Ya antes los diputados nacistas han iniciado en la Cámara un proyecto de ley gravando el cobre exportado en relación con su precio en el mercado mundial. Renovado este proyecto por González en 1939, y aprobado, constituyó el primer impuesto extraordinario al cobre.

En lo que respecta a la agricultura, se propone la división del latifundio, el "mayor de todos los absurdos del país", y la colonización interior. Los modelos de Keller en esta materia son los ministros prusianos Stein y Hardenberg, los que emanciparon a los campesinos.

En suma, el naciismo propugna un capitalismo nacional, muy controlado por el Estado y con plena participación de los trabajadores a través de la organización corporativa. Pero, si pone énfasis en el desarrollo industrial, no hace del industrialismo un punto central de su programa, como el viejo Partido Nacionalista de la "Generación del Centenario".

El anti-capitalismo naciista tiene un marcado carácter anti-urbano. Se reprocha a Santiago el ser "artificial", creación del salitre y del cobre. Se piensa que la antigua oligarquía de base agraria era sana, dotada, precisamente, de las virtudes campesinas: austeridad, buen sentido. Su corrupción parece provenir del abandono de ese modo de vida, del nuevo espíritu minero -el salitre lo simboliza- y comercial que la domina. Se prevé, por otra parte, una desaparición del gran comercio, en la medida en que los Estados sigan políticas autárquicas y en que la economía chilena -como cada economía nacional, seguramente- no forme parte ya de la "economía mundial". El trueque reemplazará, entre las naciones, al comercio monetarista.

Y ya hemos visto que se habla también de vuelta a la tierra, de vuelta al

seno materno del paisaje, de "réturner á nature". El despertar del inquilino, se advierte, es un "síntoma favorable" del "espléndido futuro" de la nación; y ello porque el hombre de la tierra podrá participar más activamente en la vida colectiva. Y se afirma:

"Tenemos que volver forzosamente a formas más simples y sencillas. Es preciso dismantelar todo ese castillo de naipes que hemos construido sobre la nada. ... Un fuerte rasgo rústico se impondrá en nuestra vida. Se repetirá la transmutación que tuvo lugar después de 1600."

"No estimo que esa evolución sea desfavorable para el país. Al contrario, de ella pueden surgir fuertes valores espirituales y morales".

Una sociedad más campesina que urbana; es decir, el primado de los valores de la sangre y de la tierra sobre los de la razón y el dinero, de los valores tradicionales por sobre los burgueses.

UNION IBEROAMERICANA. ANTI-IMPERIALISMO

Las colectividades humanas se dividen en dos categorías, ha dicho Jorge González; las que son sujetos de la historia, las que son objetos de ella. La América Ibera está entre las segundas: "sufre, en estos momentos, en forma más ruda que nunca, la presión insolente del imperialismo yanqui, que amenaza estrangularla". ¿Cómo se ha llegado a esta situación?

Otro autor nacistita explica el proceso: cuando en Europa y Estados Unidos se impuso la civilización moderna, la cultura ibérica se encontraba en plena decadencia, y los pueblos ibéricos no fueron capaces de participar en forma creadora en la vida del siglo XIX. Debido a esto, América Latina constituyó un campo propicio para la expansión de pueblos más fuertes. La rivalidad entre las grandes potencias la preservó de la dominación directa; "sin embargo, nuestra vida política y económica señaló, durante todo el siglo pasado, rasgos innegables de entidades coloniales".

Acusa el autor a las aristocracias criollas y al liberalismo de consentir esa dominación semi-colonial:

La doctrina liberal ha sabido invertir en tal forma los valores, que aquella aristocracia criolla, antaño tan soberbia que ni siquiera se descubría en presencia de su Rey y Señor, no se da cuenta de la situación humillante y sirviente que ocupa. El liberalismo ha destruido la conciencia nacional, y aquella aristocracia criolla se siente más vinculada al banquero de Nueva York o Londres que con su propio pueblo".

Sin embargo, advertía una reacción nacionalista en todos los países latinoamericanos. Y los nacistas saludaban a estos movimientos nacionalistas hermanos, aplaudiendo, por ejemplo, la confiscación de la Standard Oil por el gobierno boliviano. Jorge González, por su parte, no era tan optimista; aún estaba por verse, decía, si los latinoamericanos poseían "energías suficientes para sobreponernos a la situación de atonía y dependencia en que hoy nos encontramos y transformamos en conglomerados respetables y respetados".

Desestimaba González la formación de un movimiento continental, tal

como lo había intentado el APRA; en cambio, consideraba perfectamente viable la constitución de movimientos nacionalistas paralelos en las principales repúblicas iberoamericanas, con la finalidad común de reafirmar la soberanía política y liberarse —todas ellas— del imperialismo económico. Así, cuando se llegara a contar con "... gobiernos fuertes, responsables y que reflejen lealmente el sentir de sus gobernados, habrá llegado el momento de la constitución del gran bloque continental ibero-americano. Habrá sonado entonces la hora de la unión de nuestras nacionalidades mediante sólidos lazos materiales y espirituales, que les permitirán respaldarse recíprocamente para defenderse de todo intento imperialista y hacerlas actuar con dignidad y peso en la historia mundial del porvenir".

Creía González, además, que esa unión debía efectuarse bajo la inspiración de Chile, "que siempre ha sido la raza fuerte del continente". En todo caso, no eran nuevas en el nacismo las aspiraciones a la unión iberoamericana. Ya Keller la había propuesto, subrayando los aspectos económicos: amplio mercado, especialización de la producción según las condiciones de cada región., unificación del sistema monetario y bancario —pues no bastaba una mera unión aduanera- en fin, unificación de las legislaciones, de los servicios diplomáticos y de la defensa.

Hacia fines de la década del treinta, al aumentar el peligro de una conflagración mundial, se acentúa el iberoamericanismo, postulándose, por ejemplo, una Sociedad de las Naciones Iberoamericana. Al mismo tiempo se combate al "panamericanismo", en el que se ve una "creación exclusiva de Estados Unidos, para el mantenimiento y el incremento de la influencia de aquel país sobre nuestras repúblicas", y se insiste en la conveniencia absoluta para América Latina de guardar total neutralidad en el conflicto mundial.

CULTURA, EDUCACIÓN, ESPÍRITU

Cabe decir algunas palabras sobre estos temas, que son tan importantes para el MNS. Casi podría decirse que la ideología nacistas es, esencialmente, una teoría de la educación.

El naciismo se levanta contra el "absoluto predominio de la razón" que había caracterizado, a su juicio, al siglo XIX. Estimaba que la intelectualización de la vida "... ha llegado a constituir un sinónimo de decadencia. Quien todo lo cree saber y haber indagado, ya no tiene nada que esperar. La vida ha perdido para él su encanto y no ofrece ningún porvenir. El hombre se vuelve escéptico y duda de todo. Duda de la vida misma, reniega de ella y trata de impedir su germinación".

"Así, la época de las luces ha terminado con el suicidio de los pueblos". Esa es la obra de las "fuerzas de la razón y del dinero"; es la inversión de valores, que ya hemos comentado. Pero se observaba una reacción: "las fuerzas espirituales, sentimentales y -si se quiere- metafísicas del hombre vuelven a reclamar su derecho a la vida"; los principios mecánicos de la democracia liberal son reemplazados por las virtudes heroicas: el sacrificio personal, la abnegación, el servicio. La raza, la sangre de los antepasados, las tradiciones de orgullo nacional, son los

pilares en que se basan nuevos movimientos juveniles que parten a "la liberación del espíritu de la tiranía materialista". Materia contra espíritu: así se resume la gran lucha del presente.

Materia contra Espíritu. Si Materia quiere decir también intelecto, por Espíritu hemos de entender asimismo vida, vida que brota de la tierra, vida que bulle como la sangre. El espiritualismo nacista es más bien vitalismo.

Así, sólo tiene valor la cultura que se regenera diariamente de la vida del pueblo; es preciso desintelectualizar, entonces, el sistema educacional y acercarlo otra vez a la tierra, "de donde emanan los valores reales" - es Keller quien habla. Y critica, en consecuencia, a la educación primaria libresca y niveladora.

"... interesan ante todo, estas cualidades: la pureza del corazón, el espíritu de sacrificio, la disciplina, la potencia de la voluntad, los hábitos puros y morales, en una palabra: el resultado de la acción diaria, el aporte efectivo del individuo a la colectividad. No le interesa al fascismo, mientras no existan estas cualidades fundamentales, el estado del intelecto, la facilidad con que se adopten ideas extrañas, ni los conocimientos aprendidos en los libros".

Lo esencial no es lo que se enseña, sino cómo se enseña, decía Keller en otra ocasión, recordando que en la Alemania industrial y científica el "Gymnasium" impartía una educación humanística.

Y así llegamos a la institución más cara al nazismo, con la cual piensa educar a la juventud: el Servicio del Trabajo. 45.000 muchachos y 45.000 muchachas, al llegar a los 19 años, prestarán un año de servicio a la colectividad, en labores sociales, de colonización, de construcción de viviendas populares, etc. Recibirán una instrucción práctica y técnica, en el sentido de disciplina del trabajo, racionalización del esfuerzo, etc.

Pero la más alta función del Servicio del Trabajo es otra.

"Si reunimos en los campamentos de trabajo a la juventud proveniente de todas las clases sociales, al hijo del oligarca, que no tiene comprensión alguna por el trabajo manual, al jovencito de las clases medias, que ha sido educado en el racionalismo enciclopédico del liceo, al hijo del inquilino y del proletario, para hacerlos trabajar al compás de un mismo ritmo de trabajo, para hacerlos cantar los mismos cantos, para hacerlos vibrar al son de la misma alegría y padecer las mismas penas, ¿no se presenta así una posibilidad para forjar en toda una generación un espíritu común, para realizar prácticamente esa unidad superior que necesitamos?".

En los campamentos de trabajo se discutirían los problemas sociales y políticos, pero no se daría tanta importancia a la preparación intelectual -evidentemente- como a la "camaradería sana y efectiva". En suma, cada campamento proporcionaría un modelo de la sociedad que se anhelaba: un conjunto orgánico, inspirado en ideales comunes, jerarquizados de acuerdo al principio de la eficiencia social, rindiendo culto a los verdaderos valores.

Si bien concebido como un servicio estatal —en el futuro—, el Servicio del Trabajo comenzó a ser llevado a la práctica por el MNS, como un departamento del partido, aun en medio de sus luchas diarias.

EL MOVIMIENTO Y LA REVOLUCIÓN. ARISTOCRACIA Y JEFE.

Concluiremos este artículo dedicado al Movimiento Nacional Socialista analizando como éste se concebía a si mismo y concebía su papel. Al respecto recordaremos, en primer lugar, lo que hemos llamado su interpretación de la historia: a pesar de que ésta es, en cierta medida, determinista, otorga una gran importancia a la acción de la voluntad humana. Por una parte, las líneas generales de la evolución histórica están trazadas, pero, por otra, el destino de las colectividades depende, en último término, de lo que hagan o dejen de hacer los hombres; más concretamente, algunos hombres -los mejores- y, en particular, el Hombre: el Jefe. "Como siempre, la solución dependerá de la casualidad de que se encuentre una personalidad fuerte "por intermedio de los grandes genios actúa el espíritu creador en los pueblos". La historia la hacen los hombres, se afirma; en consecuencia, "todo dependerá de la formación de una minoría dispuesta a actuar".

El nazismo, por lo tanto, es voluntarista o decisionista. De aquí su carácter revolucionario, pues si todo estuviera absolutamente predeterminado, ¿qué sentido tendría intentar cambiar una situación dada? Y el nazismo "niega el derecho de ser del actual Estado, a la actual sociedad, a la actual economía, a la actual justicia, aún a los mismos individuos que se consideran genuinos representantes de nuestra época"; ha creado mentalmente un nuevo orden, por amor al cual odia el orden existente. Más todavía, se advierte: "no proclamamos una revolución literaria: somos los únicos en Chile que estamos dispuestos a aniquilar la dictadura capitalista y dar nuestra sangre si fuere necesario, para redimir definitivamente a este país. . . , para realizar los sueños de futura grandeza".

La violencia: El texto anterior es de 1938, momento en el que el MNS había imprimido mayor radicalismo a su verbo y a su acción. Ahí se habla también de oponer la "Violencia del pueblo" a la "violencia del dinero". Pero, en general, fue constante en el Movimiento la reprobación de los medios violentos para llegar al poder. Las razones eran, por una parte, la creencia en que había una cierta marcha de los acontecimientos hacia el "fascismo" y en que iría aumentando el desprestigio del régimen parlamentario; por otra, la convicción de que, previa a la conquista del gobierno, debía ser la capacitación de la colectividad, la formación de los individuos selectos necesarios. Porque todo movimiento que aspirara a dejar una huella profunda en la historia debía ser un movimiento educador; así, había que rechazar toda intervención "prematura y precipitada".

Otros textos eran más ambiguos. Jorge González descartaba las "revoluciones armadas", pues eran un síntoma de debilidad espiritual por parte de quienes las hacían; "cuando un Movimiento cuenta con el grueso de la opinión nacional, se impone solo". Pero advertía que si se les atacaba por medios violentos, responderían en igual forma. No podía el nazismo esperar a tener mayoría parlamentaria, por los vicios mismos del sistema, se decía, pero aguardaría "sin conspirar" a que la Nación misma lo llamase al Poder. Pero aun al propio gobierno se le daban "lecciones" para disuadirlo de pretender negar al Movimiento sus

derechos constitucionales.

Refiriéndose a los sangrientos sucesos del 5 de septiembre del 38, y a las circunstancias que pudieron haberlos provocado, Jorge González, que asumió toda la responsabilidad por el putsch, lo justificó así a posteriori: cuando a la implantación de la justicia y la libertad se opone una tiranía, por "legalista" que aparezca, "no sólo existe el derecho sino el deber imperioso de derribar esa tiranía por medio de la violencia" .

La minoría selecta: Voluntarista, el nacismo es, además, aristocratizante en su concepto de la historia y la política. La minoría a actuar es una aristocracia, en el sentido propio de la palabra; no una aristocracia ya dada en el orden natural -como sostendría un tradicionalista- sino una aristocracia aún por

hacerse:

"... la primera tarea de esta hora, consiste en crear una nueva aristocracia, que con su capacidad y sus virtudes esté en condiciones de imprimir al país los rumbos de honestidad y de justicia social que tanto anhela".

"A esta tarea se ha entregado con cuerpo y alma el Nacismo".

Se trata de una aristocracia fundamentalmente moral e intelectual; no de un grupo armado que conquiste el Poder por la fuerza. Surge de la masa del pueblo, y se renueva a partir de ésta.

El MNS se ha entregado en cuerpo y alma a la formación de la nueva élite; sus uniformes, insignias y banderas son emblema de las virtudes de "esa nueva aristocracia en formación"; pretende producir los dirigentes capaces de realizar la revolución. Aristocracia nacional en germen, el Movimiento se integra a base de una estricta selección y jerarquía. Pero adviértase que no es la afiliación a él lo que determina la selección; al contrario, la vigencia en un individuo de los valores estimados debería otorgarle la calidad de nacista: "Nacistas son todos aquellos que creen en los valores espirituales en que se basa nuestra cultura, miembros de los partidos políticos son aquéllos que tratan de obtener algún beneficio personal mediante su acción política".

La aristocracia se identificará, finalmente, con la Nación —¿no dice Spengler que toda nación está representada ante la historia por una minoría?-, pero sin confundirse con ella. El Movimiento subsistirá como "organismo selector de los poderes públicos", llevando a cabo, desde el poder, su obra de educación política nacional. Y como es plenamente representativo, debido a su carácter voluntario, se tratará de una verdadera "autoeducación de la nación por la nación"

El Jefe: Parecería casi inútil agregar algo sobre el Jefe. Ya se conoce la idea nacista sobre los genios, los grandes hombres. Conviene aclarar que, para los doctrinarios del MNS, los conceptos de Jefe y de dictador o caudillo se oponen:

"El caudillo gobierna para sí y para el grupo que lo rodea. El Jefe, en cambio, es símbolo de la idea, símbolo de la Patria, es el Cristo de la política colocado en su cruz, que debe llevar con valentía y sacrificio. Jefe sólo puede ser quien sea capaz de prescindir totalmente de su existencia precaria, de sus pasiones y anhelos personales".

El jefe debe saber despersonalizar su acción; como diría Spengler — siempre tan presente en el pensamiento nacista- ha de crear una

tradición.

La influencia fascista, pues, está patente en la idea del Jefe — Führerprinzip— y en la idea del Movimiento que es encarnación de la nación. Pero, además, hay aquí algo más importante. El nacionismo creyó en los héroes, en los individuos ejemplares, en los modelos personales. En este sentido, su pensamiento es de raigambre clásica. Independientemente de si fueron realidad o no estas concepciones en la vida de dirigentes y militantes nacionalsocialistas, la invocación a ellas refleja, al menos, un valor. Comprendieron que en el hombre ejemplar estaba la verdadera norma y de acuerdo a estos valores — esencialmente humanos— aspiraron a ordenar la comunidad.

CONCLUSIÓN

Hemos presentado aquí las principales ideas del M.N.S. de Chile, temáticamente ordenadas. A través de ellas puede verse, evidentemente, una influencia profunda del nacionalsocialismo alemán y más genéricamente, del fascismo. Era difícil que fuera de otro modo, tratándose de una corriente de pensamiento universal que no podía dejar de penetrar en Chile y, especialmente, de influir en quienes se sentían espiritualmente ligados a ella.

Sin embargo, el movimiento chileno mostró también rasgos propios y distintivos. Señalemos, entre otros, una visión de la historia patria dependiente, en parte, de la de Edwards y Encina; o una comprensión de los problemas sociales y económicos del momento que lo acerca a otras corrientes políticas chilenas con las cuales estaba "generacionalmente" vinculado, como el socialismo y el socialcristianismo.

Muchos de los temas del nacionalsocialismo chileno que parecen coincidir con los del nacionalsocialismo alemán no son, en realidad, exclusivos de éste y pertenecen a un universo mucho más amplio: tales, la idea jerárquica y aristocratizante, el corporativismo, el tradicionalismo en general; o, en otro plano, el intervencionismo estatal en materias económicas. Como contrapartida, en algún punto el MNS se apartó explícitamente del NSDAP, como en su concepción racial, distinta del racismo vulgar en este punto, si se quiere, nuestro movimiento está más cerca del fascismo italiano- y, obviamente, difiere del movimiento alemán en cuanto está arraigado en una realidad chilena e iberoamericana.

En suma, creemos que puede afirmarse que el Movimiento Nacional Socialista de Chile fue un fenómeno más rico y complejo que una simple reproducción mimética de un modelo externo.